





*Lo que el
viento se llevó*

Primera edición en REINO DE CORDELIA, octubre de 2022
Segunda edición, octubre de 2026
Título original, *Gone with the Wind* (1936)
Edición basada en la publicada por McMillan London Ltd. en 1974

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es
 @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia
 www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13
28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Ilustraciones de © Fernando Vicente, 2022

Traducción de © Susana Carral Martínez, 2022

IBIC: FJW | Thema: FJW
ISBN: 979-19-87599-55-3
Depósito legal: M-18093-2026

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Paz Felpeto

Imprime: Técnica Digital Press
Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Lo que el Viento se Llevó

Margaret Mitchell

Ilustraciones de Fernando Vicente

Traducción de Susana Carral





Índice



PRIMERA PARTE 13

Capítulo I	15
Capítulo II	29
Capítulo III	43
Capítulo IV	61
Capítulo V	71
Capítulo VI	87
Capítulo VII	113

SEGUNDA PARTE 123

Capítulo VIII	125
Capítulo IX	139
Capítulo X	165
Capítulo XI	175
Capítulo XII	181
Capítulo XIII	195
Capítulo XIV	209
Capítulo XV	221
Capítulo XVI	231



TERCERA PARTE 239

Capítulo XVII	241
Capítulo XVIII	257
Capítulo XIX	271
Capítulo XX	283
Capítulo XXI	289
Capítulo XXII	301
Capítulo XXIII	307
Capítulo XXIV	323
Capítulo XXV	343
Capítulo XXVI	355
Capítulo XXVII	371
Capítulo XXVIII	381
Capítulo XXIX	393
Capítulo XXX	403

CUARTA PARTE 415

Capítulo XXXI	417
Capítulo XXXII	429
Capítulo XXXIII	443
Capítulo XXXIV	453
Capítulo XXXV	469
Capítulo XXXVI	487
Capítulo XXXVII	509
Capítulo XXXVIII	523
Capítulo XXXIX	541
Capítulo XL	553



Capítulo XLI	567
Capítulo XLII	585
Capítulo XLIII	597
Capítulo XLIV	607
Capítulo XLV	617
Capítulo XLVI	633
Capítulo XLVII	641

QUINTA PARTE 661

Capítulo XLVIII	663
Capítulo XLIX	673
Capítulo L	687
Capítulo LI	697
Capítulo LII	703
Capítulo LIII	717
Capítulo LIV	731
Capítulo LV	741
Capítulo LVI	747
Capítulo LVII	759
Capítulo LVIII	769
Capítulo LIX	775
Capítulo LX	785
Capítulo LXI	789
Capítulo LXII	799
Capítulo LXIII	803



Margaret Mitchell (Atlanta, Georgia, 1900-1949) fue periodista y escritora. Con su única novela, ***Lo que el viento se llevó*** (1936), obtuvo el Premio Pulitzer y la inmortalidad, gracias también a su adaptación cinematográfica, estrenada en 1939 y dirigida por Victor Fleming con Vivien Leigh y Clark Gable como protagonistas. A la muerte de su madre, defensora del sufragio femenino que educó a su hija para que tuviera las mismas oportunidades que cualquier hombre, Mitchell se vio obligada a abandonar la universidad para cuidar de su padre y de su hermano. Poco después se casó con un exfutbolista, Berrien «Red» Kinnard Upshaw, que se ganaba la vida con el contrabando. Las penurias económicas la llevaron en 1922 a colaborar con el *Atlanta Journal* y el *Sunday Magazine*. Apenas un año después de haberse divorciado de su primer marido, contrajo matrimonio en 1925 con John Marsh, compañero del periódico. En 1926 sufrió un accidente en un pie que la mantuvo de baja e inmovilizada, por lo que decidió dedicarse a escribir, en una máquina Remington portátil, una historia de amor ambientada en la Guerra de Secesión. Tardó diez años en terminar la novela que, nada más ser publicada por la editorial Macmillan, se convirtió en un éxito de ventas y en el primer año vendió en su país 1.375.000 ejemplares. El 11 de agosto de 1949, cuando acudía al cine con su marido, el matrimonio fue atropellado por Hugh Gravitt, un taxista fuera de servicio que conducía ebrio. Margaret Mitchell murió cinco días después, a los cuarenta y ocho años, sin haber recuperado plenamente la conciencia.



Para J. R. M.



Margaret Mitchell

PRIMERA PARTE





Capítulo I

S

CARLETT O'HARA no era una belleza, pero los hombres casi nunca se daban cuenta cuando su atractivo los seducía tanto como a los gemelos Tarleton. Los rasgos delicados de la madre, una aristócrata costeña de ascendencia francesa, y los toscos del colorado padre irlandés se mezclaban en su rostro con demasiada dureza. Aun así, el suyo era un semblante arrebatador, de mentón puntiagudo y mandíbula cuadrada. Tenía los ojos color verde claro sin una sola pizca de avellana, adornados por unas tupidas pestañas negras y levemente rasgados en los extremos. Sobre ellos, las cejas espesas y negras, sesgadas hacia arriba, que dibujaban una línea oblicua y llamativa en su piel, de un blanco rosáceo como el de las magnolias, esa piel tan apreciada por las mujeres sureñas y tan cuidadosamente protegida del abrasador sol de Georgia por las capotas, los velos y los mitones.

Esa luminosa tarde de abril de 1861, sentada con Stuart y Brent Tarleton a la fresca sombra del porche de Tara, la plantación de su padre, estaba preciosa. Su nuevo vestido verde de muselina rameada extendía sus doce metros de tela ondulada sobre los aros del miriñaque y combinaba a la perfección con los escaarpines de tafilete verde que su padre le había traído de Atlanta hacía poco. El vestido realzaba admirablemente el talle de cuarenta y tres centímetros, el más pequeño de los tres condados, y el ajustado corpiño revelaba unos pechos bien desarrollados para los dieciséis años que tenía. Pero a pesar del pudor de su falda desplegada, del recato del cabello suavemente recogido en un moño con redecilla y la discreción de las pequeñas y blancas manos recostadas en el regazo, su verdadero yo no quedaba bien disimulado. Los ojos verdes del rostro atentamente amable eran turbulentos, obstinados, estaban llenos de vida y discrepaban, sin lugar a dudas, con su conducta decorosa. Las amables advertencias de su madre y la disciplina más severa de su niñera le habían impuesto los modales de los que hacía gala; los ojos eran solo suyos.

A cada lado, los gemelos estaban cómodamente recostados en sus sillones, entrecerrando los ojos a la luz del sol, tras sus vasos altos adornados con hojas de menta, al tiempo que reían y charlaban, cruzando despreocupados sus largas piernas de músculos marcados debido a la equitación y enfundadas en botas hasta la rodilla. Contaban diecinueve años, medían un metro con ochenta y ocho centímetros, eran de huesos largos y músculos fuertes, tenían el cabello castaño rojizo y

los rostros quemados por el sol, los ojos alegres y arrogantes, los cuerpos cubiertos con idénticas chaquetas azules y pantalones de montar en tono mostaza, y se parecían tanto el uno al otro como dos cápsulas de algodón.

El sol de media tarde iluminaba el jardín de soslayo y le aportaba un brillo reluciente a los cornejos, que parecían una masa compacta de capullos blancos al recortarse contra un fondo de hierba nueva. Los caballos de los gemelos estaban atados en el camino de acceso. Eran animales grandes, de pelaje cobrizo como sus amos, y alrededor de sus patas se peleaba la jauría de delgados y nerviosos perros para cazar zarigüeyas que acompañaba a Stuart y a Brent dondequiera que fueran. Un tanto al margen, como corresponde a un aristócrata, estaba tumbado, con el hocico sobre las patas, un perro de carruaje de pelaje blanco con manchas negras, aguardando con paciencia el momento en que los jóvenes volvieran a casa para cenar.

Entre los perros, los caballos y los gemelos existía una afinidad más profunda que la de la compañía constante. Todos estaban sanos y eran animales jóvenes e irreflexivos, bien plantados, elegantes, fogosos, los chicos tan briosos como los caballos a los que montaban; briosos y temerarios, aunque también amables con quienes sabían manejarlos.

A pesar de haber nacido para llevar la vida desahogada de la plantación y ver atendido hasta el más mínimo de sus deseos desde la infancia, los rostros de los tres que ocupaban el porche no reflejaban holgazanería ni debilidad. Poseían el vigor y la sagacidad de la gente del campo que ha pasado toda su vida al aire libre y se ha roto muy poco la cabeza con las cosas aburridas de los libros. La vida en Clayton, condado norteño de Georgia, aún era algo nuevo y, según el nivel de Augusta, Savannah y Charleston, un tanto tosco. Los sectores más formales y antiguos del Sur miraban por encima del hombro a los georgianos del interior, pero allí, en el norte de Georgia, nadie quedaba en mal lugar por carecer de las exquisiteces de una educación clásica, siempre y cuando dominase las cosas importantes. Y las cosas importantes eran cultivar un buen algodón, montar bien a caballo, disparar y dar en el blanco, bailar con ligereza, acompañar a las damas con elegancia y saber beber como un caballero.

Los gemelos sobresalían en dichas habilidades, además de destacar por su famosa incapacidad de aprender cualquier cosa escrita en un libro. Su familia poseía más dinero, más caballos y más esclavos que cualquiera en el condado, pero los chicos sabían menos gramática que la mayoría de sus vecinos blancos y pobres.

Por ese mismo motivo Stuart y Brent pasaban el tiempo en el porche de Tara esa tarde de abril. Acababan de expulsarlos de la Universidad de Georgia, la cuarta que los había echado en dos años, y sus hermanos mayores, Tom y Boyd, habían vuelto a casa con ellos porque se negaban a permanecer en una institución en la que no admitían a los gemelos. Stuart y Brent se tomaban su expulsión como si fuese una broma y a Scarlett, que no había abierto un libro por voluntad propia desde su salida de la Academia para Señoritas de Fayetteville, le parecía tan divertida como a ellos.

—Ya sé que ni a vosotros ni a Tom os importa que os hayan expulsado —dijo—. Pero ¿y Boyd? Está empeñado en formarse y vosotros dos lo habéis hecho abandonar las universidades de Virginia, Alabama, Carolina del Sur y ahora también Georgia. A este paso nunca lo conseguirá.

—Puede estudiar leyes en el despacho del juez Parmalee, en Fayetteville —respondió Brent con aire despreocupado—. Además, tampoco importa demasiado. De todos modos, íbamos a tener que volver a casa antes de que acabase el trimestre.

—¿Por qué?

—¡Por la guerra, boba! La guerra puede empezar cualquier día y no nos crearás capaces de quedarnos en la universidad si hay guerra, ¿no?

—Sabéis que no va a haber guerra —dijo Scarlett, aburrida—. Solo son habladurías. La semana pasada Ashley Wilkes y su padre le dijeron al mío que nuestros comisionados de Washington llegarían a un... a un... acuerdo amistoso con el señor Lincoln en lo relativo a la Confederación. Además, los yanquis nos tienen demasiado miedo para luchar. No habrá guerra y yo ya estoy harta de oír hablar de eso.

—¡Que no va a haber guerra! —exclamaron los gemelos indignados, como si alguien los hubiera engañado.

—Desde luego que va a haber guerra —dijo Stuart—. Puede que los yanquis nos tengan miedo, pero después de que el general Beauregard los echase anteayer del Fuerte Sumter con fuego de artillería, van a tener que luchar o quedar como cobardes frente a todo el mundo. La Confederación...

Scarlett hizo un gesto de fastidio y aburrimiento.

—Si volvéis a pronunciar la palabra «guerra» una vez más entraré en casa y cerraré la puerta. Nunca en mi vida me he sentido tan harta de una palabra como de «guerra», a menos que sea «secesión». Papá habla de la guerra por la mañana, a mediodía y por la noche y todos los caballeros que vienen a visitarlo se desgañitan con el Fuerte Sumter, los Derechos de los Estados y Abe Lincoln hasta que me entran ganas de gritar de aburrimiento. Y los jóvenes tampoco hablan de otra cosa, solo hablan de eso y de su escuadrón. Esta primavera no ha habido ni una sola fiesta divertida porque los chicos no tienen más tema de conversación. Me alegro mucho de que Georgia esperase hasta después de Navidad para separarse, de lo contrario también habría estropeado las fiestas navideñas. Si volvéis a pronunciar la palabra «guerra», entraré en casa.

Lo decía en serio porque nunca soportaba demasiado tiempo una conversación de la que ella no fuese el tema principal. Pero mientras hablaba sonreía y conscientemente marcaba más sus hoyuelos y movía sus densas pestañas negras como si fuesen alas de mariposa. Los chicos se sintieron encantados, tal y como ella pretendía, y enseguida se disculparon por aburrirla. No la menospreciaron debido a su falta de interés, sino todo lo contrario. La guerra era asunto de los hombres, no de las mujeres, por lo que la actitud de ella les pareció una muestra de su feminidad.

Tras haber logrado que abandonaran el aburrido tema de la guerra, insistió, muy interesada, en la inmediata situación de los gemelos.

—¿Qué ha dicho vuestra madre de que os hayan vuelto a expulsar?

Los chicos parecían incómodos al recordar la conducta de su madre cuando regresaron a casa tres meses antes, a petición de la Universidad de Virginia.

—Aún no ha tenido oportunidad de decir nada —respondió Stuart—. Tom y nosotros nos marchamos temprano esta mañana, antes de que ella se levantara. Tom ha hecho una parada en casa de los Fontaine mientras nosotros veníamos aquí.

—¿Y no dijo nada cuando llegasteis anoche?

—Anoche tuvimos suerte. Justo antes de nuestra llegada entregaron al semental que mamá compró el mes pasado en Kentucky y se armó un buen lío. El muy animal... es un caballo impresionante, Scarlett. Tienes que decirle a tu padre que vaya a verlo ya. Pero el muy bestia había mordido a su mozo de cuadra durante el viaje y pisoteado a dos de los morenitos que fueron a esperar al tren a Jonesboro. Justo antes de que llegáramos nosotros, casi había derribado el establo a coces y medio acabado con Strawberry, el viejo semental de mamá. Cuando llegamos, mamá se encontraba en el establo con un saco de azúcar para calmarlo y lo estaba consiguiendo. Los morenitos se habían subido a las vigas y miraban con los ojos desorbitados de miedo, pero mamá hablaba con el caballo como si fuese una persona y lo tenía comiendo de su mano. No hay nadie

que sepa tratar a un caballo mejor que mamá. Cuando nos vio, dijo: «Por el amor de Dios, ¿qué hacéis otra vez en casa? ¡Sois peores que las plagas de Egipto!». Luego el caballo empezó a resollar y a encabritarse y ella exclamó: «¡Fuera de aquí! ¿No veis que el pobrecito está nervioso? Ya me ocuparé mañana de vosotros cuatro». Así que nos fuimos a la cama y hoy salimos antes de que pudiera pillarnos y dejamos a Boyd para que la maneje.

—¿Creéis que a Boyd le pegará?

Scarlett, como el resto del condado, no lograba acostumbrarse a la forma en la que la pequeña señora Tarleton intimidaba a sus hijos ya crecidos y les pegaba en la espalda con la fusta si la ocasión así lo requería.

Beatrice Tarleton era una mujer ocupada que no solo debía dirigir una gran plantación de algodón y cuidar de cien negros y ocho hijos, sino también del mayor criadero de caballos del estado. Tenía mal genio y solía molestarse por los frecuentes líos en los que se metían sus cuatro hijos varones y, aunque no permitía que nadie azotase a un caballo o a un negro, pensaba que una paliza de vez en cuando no perjudicaba a los chicos.

—Claro que no. A Boyd no. Nunca le ha pegado demasiado porque es el mayor y, además, el más canijo de la camada —dijo Stuart, orgulloso de su metro con ochenta y ocho centímetros—. Por eso lo dejamos en casa para que le explicase la situación. Por Dios, ¡mamá debería dejar de darnos palizas! Nosotros tenemos diecinueve años y Tom veintiuno, pero ella nos trata como si fuésemos seis.

—¿Llevará vuestra madre el caballo nuevo mañana a la barbacoa de los Wilkes?

—Ella quiere, pero papá dice que es demasiado peligroso. De todos modos, las chicas no la dejarán. Han dicho que la van a obligar a asistir a una fiesta como una dama, al menos por una vez, en el carruaje.

—Espero que mañana no llueva —dijo Scarlett—. Ha llovido casi a diario durante una semana. No hay nada peor que una barbacoa que acaba convertida en un pícnic dentro de casa.

—Mañana estará despejado y hará calor como en junio —afirmó Stuart—. Mira qué puesta de sol. Nunca había visto una tan roja. Siempre se puede saber qué tiempo hará por las puestas de sol.

Cruzaron con la mirada los interminables acres de algodón recién arados de Gerald O'Hara hasta alcanzar el horizonte carmesí. Al ocultarse el sol en un aluvión de rojo tras las colinas del otro lado del río Flint, el calor del día de abril disminuía y refrescaba levemente.

Aquel año la primavera se adelantaba con sus chaparrones cálidos, la repentina efervescencia de las rosadas flores de los melocotoneros y las blancas estrellas con las que los cornejos moteaban el oscuro río y las lejanas colinas. La labranza casi había terminado y el sangriento esplendor del ocaso coloreaba los surcos recién hechos en la rojiza tierra de Georgia con tonalidades aún más rojas. La tierra húmeda y hambrienta, que esperaba albergar las semillas de algodón, parecía rosada sobre las arenosas cimas de los surcos y bermellón, escarlata y granate entre las sombras de los laterales de las zanjás. La casa principal de la plantación, de ladrillos encalados, semejava una isla sobre un mar rojo y violento, un mar de olas en espiral, curvas, onduladas, petrificadas de repente en el momento en que el extremo rosado de la ola rompía y formaba espuma. Allí no había surcos alargados y rectos como los que se veían en los amarillentos campos de arcilla de la zona llana del interior de Georgia o en la tierra negra y fértil de las plantaciones costeras. Las tierras onduladas de las laderas del norte de Georgia se araban formando millones de curvas a fin de evitar que la fecunda tierra fuese arrastrada hasta los lechos de los ríos.

Se trataba de una tierra violentamente roja, del color de la sangre tras las lluvias y como polvo de ladrillo en tiempo de sequía: la mejor tierra del mundo para plantar algodón. Era un territorio

agradable, de casas blancas, campos arados envueltos en tranquilidad y ríos lentos de aguas amarillentas; pero también era un territorio de contrastes, donde convivían el sol más resplandeciente y las sombras más densas. Los claros en las plantaciones y las millas de algodones alzaban sus sonrisas al cálido sol, sosegados y satisfechos. En sus márgenes surgían los bosques vírgenes, frescos y oscuros incluso en los mediodías más calurosos, misteriosos, un tanto siniestros, en los que los susurrantes pinos parecían aguardar con una paciencia propia de la edad para advertir entre leves suspiros: «¡Cuidado! ¡Cuidado! Una vez os dominamos y podemos volver a hacerlo».

A oídos de los tres que estaban en el porche llegaron el ruido de los cascos, el tintineo de los arreos y la risa estridente y despreocupada de los negros, porque los peones y las mulas regresaban de los campos. Desde el interior de la casa flotó hacia ellos la suave voz de Ellen O'Hara, la madre de Scarlett, que llamaba a la negrita encargada del cesto de las llaves. Una voz infantil y aguda respondió: «Sí, señora» y se oyeron unas pisadas que salían por la puerta trasera hacia el ahumadero, donde Ellen iba a racionar la comida para los peones. También se oyó el entrecocar de la porcelana y el golpeteo de la plata mientras Pork, el mayordomo de Tara, ponía la mesa para la cena.

Esos últimos sonidos advirtieron a los gemelos que ya era hora de volver a casa. Pero les costaba mucho pensar en enfrentarse a su madre y se entretuvieron en el porche de Tara con la esperanza de que Scarlett los invitase a cenar.

—Oye, Scarlett, en cuanto a mañana —dijo Brent—: que hayamos estado fuera y no supiéramos que había una barbacoa y un baile no es motivo para que no podamos bailar cuanto nos apetezca. Tú no habrás comprometido todos tus bailes, ¿verdad que no?

—¡Pues sí! ¿Cómo iba a saber que volveríais a casa? No podía arriesgarme a quedarme sin pareja por esperaros.

—¡Tú sin pareja de baile!

Los chicos se rieron a carcajadas.

—Mira, cielo. A mí tienes que concederme el primer vals y a ti, Stuart, el último, y tienes que cenar con nosotros. Nos sentaremos en el rellano de la escalera, como hicimos en el último baile, y le pediremos a la niñera Jincy que vuelva a decirnos la buena ventura.

—No me gustan las predicciones de la niñera Jincy. Sabes que dijo que me iba a casar con un caballero de pelo negro como el azabache y alargado bigote, y a mí no me gustan los caballeros de pelo negro.



Scarlett O'Hara

—A ti te gustan pelirrojos, ¿a que sí, cielo? —dijo Brent con una amplia sonrisa—. Venga, vamos, prométenos todos los vales y la cena.

—Si lo prometes, te contaremos un secreto —añadió Stuart.

—¿Cuál? —se emocionó Scarlett, alerta como una niña al oír la palabra.

—¿Te refieres a lo que nos dijeron ayer en Atlanta, Stu? Porque si es eso, sabes que prometimos no contarlo.

—Nos lo dijo la señorita Pitty.

—¿La señorita qué?

—Ya sabes, esa prima de Ashley Wilkes que vive en Atlanta, la señorita Pittypat, que es tía de Charles y Melanie Hamilton.

—Sé quién es. No he conocido en mi vida una anciana más ridícula que ella.

—Pues ayer, cuando estábamos en Atlanta, esperando el tren para volver a casa, su carruaje pasó junto a la estación, ella se detuvo para hablar con nosotros y nos contó que mañana por la noche, en el baile de los Wilkes, se va a anunciar un compromiso.

—Ah, eso ya lo sé —contestó Scarlett, decepcionada—. Son el tonto de su sobrino, Charlie Hamilton, y Honey Wilkes.

Hace años que todo el mundo sabe que algún día se casarán, aunque él no parezca demasiado contento.

—¿Crees que es tonto? —preguntó Brent—.

Pues en Navidad permitiste que te rondara sin descanso.

—No pude evitarlo. —Se encogió de hombros Scarlett, despreocupada—. Me parece un verdadero blandengue.

—Pero no se va a anunciar su compromiso —dijo Stuart en tono triunfante—. ¡Es el de Ashley con la señorita Melanie, la hermana de Charlie!

A Scarlett no le cambió el gesto, pero sus labios se tornaron blancos, como le ocurriría a quien hubiese recibido un duro golpe sin advertencia previa y que en los primeros momentos de conmoción no es consciente de lo que ha ocurrido. Miró a Stuart con el rostro tan sereno que él, nada analítico, dio por sentado que solo estaba sorprendida y muy interesada.

—La señorita Pitty nos contó que no tenían intención de anunciarlo hasta el año que viene porque la señorita Melly no ha estado bien, pero que, con tantos comentarios sobre la guerra, ambas familias pensaron que sería mejor casarse pronto. Así que lo anunciarán mañana por la noche, en el descanso de la cena. Bueno, Scarlett, ya te hemos contado el secreto: ahora tienes que prometer que cenarás con nosotros.

—Desde luego que sí —contestó Scarlett de inmediato.

—¿Y los vales?



—Todos.

—¡Eres un encanto! Los demás se van a volver locos.

—Pues que se vuelvan locos —dijo Brent—. Los manejaremos entre los dos. Oye, Scarlett, siéntate con nosotros durante la barbacoa de la mañana.

—¿Qué?

Stuart repitió la petición.

—Por supuesto.

Los gemelos se miraron felices y sorprendidos a la vez. Aunque se consideraban los pretendientes preferidos de Scarlett nunca habían conseguido muestras de ese favoritismo con tanta facilidad. Ella solía obligarlos a rogar y suplicar mientras les daba largas y se negaba a responder con un sí o con un no, riéndose si se enfurruñaban y mostrándose fría si se enfadaban. Pero resultaba que prácticamente acababa de prometerles el día siguiente entero: sentarse a su lado durante la barbacoa, todos los valeses (¡ya se ocuparían ellos de que todas las piezas que tocaran fuesen valeses!) y el intermedio de la cena. Por eso valía la pena haber sido expulsados de la universidad.

Su éxito los llenó de entusiasmo y se entretuvieron aún más, hablando de la barbacoa y el baile, de Ashley Wilkes y Melanie Hamilton, interrumpiéndose el uno al otro, contando chistes y riéndose de ellos, insinuando claramente que deseaban quedarse a cenar. Transcurrió un rato antes de que entendieran que Scarlett tenía poco que decir. El ambiente era distinto. Los gemelos no comprendían cómo había ocurrido, pero la sensación de bienestar se había esfumado. Scarlett no parecía prestar demasiada atención a lo que decían, aunque respondía de manera adecuada. Los gemelos presentían algo que no eran capaces de comprender, lo que los desconcertaba y enfadaba, y aun así resistieron un rato más, pero luego se levantaron de mala gana, al tiempo que miraban sus relojes.

El sol había descendido sobre los campos recién arados y las negras siluetas de los bosques acechaban desde el otro lado del río. Los vencejos cruzaban disparados el jardín y las gallinas, los patos y los pavos regresaban rezagados de los campos, anadeando y pavoneándose.

Stuart vociferó: «¡Jeems!», y al poco un chico negro y alto de su misma edad apareció corriendo, sin aliento, desde la parte trasera de la casa y se dirigió hacia los caballos atados. Jeems era el criado personal de los dos y, como los perros, iba con ellos a todas partes. Había sido su compañero de juegos de la infancia y, cuando cumplieron diez años, lo recibieron como regalo. En cuanto lo vieron, los perros Tarleton se levantaron de la tierra roja y aguardaron expectantes a sus amos. Los chicos se despidieron inclinando la cabeza, estrechando la mano y diciéndole a Scarlett que la esperarían al día siguiente en casa de los Wilkes, desde temprano. Luego desaparecieron con prisa por la senda, montaron sus caballos y, seguidos por Jeems, recorrieron al galope el paseo de cedros mientras agitaban los sombreros y decían adiós a gritos.

En cuanto describieron la curva de la polvorienta carretera que los ocultaba de Tara, Brent frenó su montura bajo un grupo de cornejos. Stuart también se detuvo y el morenito se paró unos pasos por detrás de ellos. Los caballos, al sentir las riendas sueltas, estiraron el cuello para pastar la tierna hierba de primavera y los pacientes perros volvieron a tumbarse sobre la tierra rojiza y levantaron la vista con envidia hacia los vencejos que volaban en círculos a la luz del crepúsculo. Al ingenuo rostro de Brent asomó una expresión de desconcierto y leve indignación.

—Oye —dijo—, ¿no te parece que debería habernos invitado a cenar?

—Cree que iba a hacerlo —contestó Stuart—. Esperé todo el rato a que lo hiciera, pero nada. ¿Tú qué crees que significa?

—No tengo ni idea. Pero opino que debería habernos invitado. Al fin y al cabo, es nuestro primer día en casa y hacía mucho que no nos veía. Además, teníamos más cosas que contarle.

—Cuando llegamos me pareció que se alegraba mucho de vernos.

—Y a mí.

—Pero luego, hará cosa de media hora, dejó de hablar, como si le doliera la cabeza.

—Yo también me fijé, aunque no le hice mucho caso. ¿Qué crees que le ha pasado?

—No sé. ¿Habremos dicho algo que la molestó?

Los dos pensaron durante un minuto.

—No se me ocurre nada. Además, cuando Scarlett se enfada todo lo mundo lo sabe. No se contiene como hacen otras chicas.

—Sí, eso es lo que me gusta de ella. Cuando se enfada no pierde el tiempo mostrándose fría y odiosa, te lo dice. Pero tuvo que ser algo que dijimos o hicimos lo que la hizo dejar de hablar y parecer enferma. Juraría que al llegar se alegró de vernos y tenía pensando invitarnos a cenar.

—¿Crees que será porque nos expulsaron?

—¡No, hombre! No seas idiota. Se rio encantada cuando se lo contamos. Además, Scarlett da tanta importancia a lo que se aprende en los libros como nosotros.

Brent se giró sobre la silla y llamó al criado negro.

—¡Jeems!

—¿Señor?

—¿Oíste lo que hablamos con la señorita Scarlett?

—¡No, señorito Brent! ¿Es que cree que sería capaz de espiar a los blancos?

—¡Espiar! ¡Por Dios! Los morenitos os enteráis de todo lo que pasa. Vamos, mentiroso, vi con mis propios ojos cómo te acercabas con sigilo a la esquina del porche y te agachabas junto al jasmín del Cabo. ¿Nos oíste decir algo que pudiese hacer enfadar a la señorita Scarlett o herir sus sentimientos?

Tras ese comentario, Jeems dejó de fingir que no había oído la conversación y frunció el ceño.

—No, señor. No me fijé en que dijeran nada que la hiciera enfadar. Me pareció que se alegraba de verlos, que los había echado de menos y que piaba feliz como un pajarito hasta que empezaron a hablar de que el señorito Ashley y la señorita Melly Hamilton se casan. Entonces se calló como el pájaro cuando el halcón lo sobrevuela.

Los gemelos se miraron y asintieron, pero sin comprender.

—Jeems tiene razón, aunque no veo por qué —dijo Stuart—. Cielos, Ashley no significa nada para ella, solo es un amigo. No está loca por él. Está loca por nosotros.

Brent asintió.

—Pero —dijo—, ¿no podría ser que Ashley no le haya contado que va a anunciarlo mañana y ella se haya enfadado con él por no decírselo antes que al resto, ya que son viejos amigos? Las chicas le dan mucha importancia a ser las primeras en enterarse de esas cosas.

—Puede ser. Pero ¿qué importa que no se lo haya dicho? Se supone que era secreto y sorpresa, y un hombre tiene derecho a mostrarse reservado sobre su propio compromiso, ¿o no? Nosotros no nos habríamos enterado si a la tía de la señorita Melly no se le hubiese escapado. Y Scarlett tenía que saber que acabaría casándose con Melly. Nosotros lo sabemos desde hace años. Los Wilkes y los Hamilton siempre se casan entre primos. Todo el mundo daba por hecho que Ashley iba a terminar casándose con Melly, como Honey Wilkes se casará con Charles, el hermano de la señorita Melly.

—Pues yo me rindo. Aunque siento que no nos haya invitado a cenar. Te juro que no me apetece volver a casa y aguantar el enfado de mamá por nuestra expulsión. Como si fuese la primera vez.

—Puede que Boyd la haya tranquilizado un poco. Ya sabes la labia que tiene ese bribón y que siempre consigue calmarla.

—Sí, es verdad, pero le lleva tiempo. Tiene que hablar en círculos hasta que mamá se siente tan confusa que se rinde y le dice que conserve la voz para cuando ejerza de abogado. Y ahora solo le ha dado tiempo a empezar. Apuesto a que mamá está tan emocionada con el caballo nuevo que no se dará cuenta de que hemos vuelto a casa hasta que se siente a cenar esta noche y vea a Boyd. Antes de que acabe la cena habrá reunido fuerzas y escupirá fuego. Darán las diez y Boyd no habrá tenido la oportunidad de decirle que no habría sido honroso permanecer en el campus después de la forma en la que el rector nos habló a ti y a mí. Y será medianoche antes de que consiga que esté tan enfadada con el rector que le pregunte a Boyd por qué no le pegó un tiro. No, no podemos volver a casa hasta pasada la medianoche.

Los gemelos se miraron con aire abatido. No sentían miedo alguno de los caballos salvajes, las reyertas con armas de fuego ni de la indignación de sus vecinos, pero los comentarios directos de su pelirroja madre y la fusta que no tenía escrúpulos en sacudir contra sus pantalones les provocaban auténtico terror.

—Mira, vámonos a casa de los Wilkes —dijo Brent—. Ashley y las chicas se alegrarán de invitarnos a cenar.

Stuart parecía incómodo.

—No, allí no. Estarán muy liados preparándolo todo para la barbacoa de mañana y además...

—Ah, lo había olvidado —se apresuró a contestar Brent—. No, no podemos ir allí.

Chasquearon la lengua para que los caballos echasen a andar y avanzaron en silencio durante un rato, mientras las bronceadas mejillas de Stuart enrojecían de vergüenza. Hasta el verano anterior Stuart había cortejado a India Wilkes con la aprobación de ambas familias y de todo el condado. La gente opinaba que tal vez la serena y moderada India Wilkes podría ejercer un efecto tranquilizador sobre él. En cualquier caso, todos esperaban fervientemente que así fuera. Stuart estaba dispuesto a comprometerse, sin embargo, Brent no se había sentido satisfecho. A Brent le gustaba India, pero le parecía demasiado sencilla y dócil y no era capaz de enamorarse de ella como compañera de Stuart. Esa fue la primera vez que los intereses de los gemelos se alejaron y Brent sintió envidia de las atenciones de su hermano hacia una joven que a él no le parecía excepcional.

Entonces, el verano anterior, durante un discurso político celebrado en un robledal de Jonesboro, ambos se fijaron de repente en Scarlett O'Hara. Hacía años que la conocían y desde la infancia había sido una de sus compañeras de juegos preferida porque sabía montar a caballo y subir a los árboles casi tan bien como ellos. Pero, para su sorpresa, se había convertido en una joven dama, la más encantadora del mundo entero.

Por primera vez se fijaron en el baile de sus ojos verdes, en los hoyuelos que se formaban en su rostro al reírse, en sus diminutas manos y pies y en lo fina que tenía la cintura. Sus comentarios ingeniosos provocaron en ella alegres carcajadas e, inspirados por la idea de que los consideraba excepcionales, se superaron a sí mismos.

Aquel había sido un día memorable en las vidas de los gemelos. En lo sucesivo, cuando lo comentaban, siempre se preguntaban por qué no se habían fijado antes en los encantos de Scarlett. Nunca llegaban a la respuesta correcta, que era que ese día Scarlett había decidido lograr que se fijaran. Era incapaz, por naturaleza, de soportar que cualquier hombre se enamorara de otra mujer que no fuese ella y el hecho de ver a India Wilkes con Stuart durante aquel discurso había sido demasiado para su carácter depredador. No contenta con Stuart, se había propuesto conquistar también a Brent, y lo hizo con una exhaustividad que los abrumó a los dos.

Ahora ambos estaban enamorados de ella y ya no pensaban ni en India Wilkes ni en Letty Munroe, de Lovejoy, a quien Brent había cortejado sin muchas ganas. Los gemelos no se preguntaban qué haría el perdedor si Scarlett aceptaba a uno de ellos: ya se ocuparían del asunto cuando surgiera. De momento se sentían satisfechos por volver a estar de acuerdo sobre una joven, ya que entre ellos no existían los celos. Aquella era una situación que interesaba a los vecinos y molestaba a su madre, que no apreciaba a Scarlett.

«Os mereceríais que esa tunanta eligiese a uno de los dos —les decía—. O puede que os acepte a los dos y entonces tendréis que mudaros a Utah, si es que los mormones os aceptan, cosa que dudo. Lo único que me preocupa es que un día de estos os emborrachéis y sintáis celos el uno del otro por culpa de esa falsa y mala pécora de ojos verdes y acabéis por pegaros un tiro. Aunque eso tampoco sería mala idea».

Desde el día del discurso, Stuart se había sentido incómodo en presencia de India. No porque India le hiciese reproches ni le indicara con gestos o miradas que era consciente de su repentino cambio de interés. Era una dama. Pero Stuart se sentía culpable y a disgusto con ella. Sabía que había conseguido que India lo amase, era consciente de que continuaba amándolo y, en el fondo de su alma, tenía la sensación de que no se había portado como un caballero. La joven seguía gustándole muchísimo y la respetaba por su buena educación, su serenidad, sus conocimientos adquiridos en los libros y todas las admirables cualidades que poseía. Pero, maldición, parecía tan pálida, falta de interés y siempre igual comparada con el alegre y cambiante encanto de Scarlett... Con India siempre sabía uno a qué atenerse, mientras que con Scarlett nadie tenía ni la más mínima idea. Eso bastaba para distraer a un hombre, pero resultaba atractivo.

—Pues vamos a cenar a casa de Cade Calvert. Scarlett dijo que Cathleen había vuelto de Charleston. Tal vez tenga noticias del Fuerte Sumter que aún no hayamos oído.

—Cathleen, imposible. Doble contra sencillo a que ni siquiera se enteró de que el fuerte estaba en el puerto, y mucho menos de que se encontraba lleno de yanquis hasta que los hicimos salir bombardeándolos. Solo sabrá hablar de los bailes a los que asistió y de los admiradores que ha reunido.

—Pero es divertido oírla parlotear. Y podremos escondernos allí hasta que mamá se haya ido a la cama.

—¡Demonios! Me gusta Cathleen, es divertida y me gustaría oírla hablar de Caro Rhett y el resto de la gente de Charleston; pero no tengo la menor intención de compartir una sola comida más con esa madrastra yanqui que tiene.

—No seas tan duro con ella, Stuart. Sus intenciones son buenas.

—No soy duro. Lo siento por ella, pero no me gusta la gente por la que he de sentirlo. Y ella se preocupa tanto por intentar hacer lo correcto y que nos encontremos como en nuestra propia casa que siempre logra decir y hacer exactamente lo que no debería. ¡Me pone nervioso! Y cree que los sureños somos bárbaros salvajes. Incluso se lo dijo a mamá. Siente miedo de los sureños. Cuando estamos en su casa siempre tiene aspecto de estar muerta de miedo. Parece una gallina esquelética posada en una silla, con los ojos brillantes, asustados, como si no viera nada, dispuesta a aletear y graznar al más mínimo movimiento de cualquiera.

—Pero es comprensible. Le pegaste un tiro a Cade en la pierna.

—Porque estaba bebido, o no lo habría hecho —dijo Stuart—. Y Cade nunca me ha guardado rencor. Ni Cathleen, Raiford o el señor Calvert. Solo la madrastra yanqui berreó y dijo que yo era un bárbaro salvaje y que la gente decente no estaba segura entre sureños sin civilizar.

—No se le puede echar en cara. Es yanqui y no tiene buenos modales. Al fin y al cabo, le pegaste un tiro a su hijastro.

—¡Demonios! ¡Eso no le da derecho a insultarme! Tú eres sangre de la sangre de mamá, pero ¿se lo tomó a mal ella aquella vez que Tony Fontaine te disparó en la pierna? No, envió a buscar al doctor Fontaine para que te vendase y le preguntó qué le pasaba a la puntería de Tony. Dijo que, en su opinión, el alcohol afectaba a su capacidad de dar en el blanco. ¿Recuerdas lo mucho que Tony se enfadó por eso?

Los dos se rieron a carcajadas.

—¡Mamá es tremenda! —dijo Brent con cariño—. Siempre se puede contar con que haga lo que es debido y no te avergüence delante de los demás.

—Sí, pero cuando lleguemos a casa esta noche es muy capaz de avergonzarnos delante de papá y las chicas —contestó Stuart con tristeza—. Oye, Brent, creo que esto significa que no iremos a Europa. Ya sabes que mamá dijo que si nos expulsaban de otra universidad nos quedaríamos sin nuestro *Grand Tour*.

—¡Demonios! Pero no nos importa, ¿a que no? ¿Qué hay que ver en Europa? Apuesto a que esos extranjeros no podrían enseñarnos ni una sola cosa que no tengamos aquí, en Georgia. Seguro que sus caballos no son tan rápidos como los nuestros, ni sus chicas tan guapas, y sé de buena tinta que allí no hay un *whisky* de centeno que iguale al de papá.

—Ashley Wilkes dijo que tenían mucha variedad de paisajes y música. A Ashley le gustó Europa. No para de hablar de ella.

—Es que ya sabes cómo son los Wilkes: un poco raros cuando se trata de música, libros y paisajes. Mamá dice que es porque su abuelo era de Virginia. Dice que los virginianos dan mucho valor a esas cosas.

—Que se las queden. A mí dame un buen caballo para montar, un buen licor para beber, una buena chica para cortejar y otra mala para divertirme con ella... y que los demás se queden con Europa. ¿Qué nos importa si nos perdemos el *Grand Tour*? Imagina que ahora estuviésemos en Europa, con la guerra ahí al lado. No llegaríamos a casa a tiempo. Prefiero mil veces ir a la guerra que ir a Europa.

—Igual que yo. ¡Oye, Brent! Ya sé adonde podemos ir a cenar. Cruzamos el pantano hasta casa de Able Wynder y le contamos que hemos vuelto los cuatro y que estamos listos para la instrucción.

—¡Buena idea! —exclamó Brent entusiasmado—. Así nos contará todas las noticias sobre el escuadrón y sabremos qué color han elegido por fin para los uniformes.

—Si son zuavos ni loco me apunto al escuadrón. Con esos pantalones holgados y rojos que llevan me sentiría como un afeminado. A mí me parecen pantalones interiores femeninos de franela roja.

—¿De verdad quieren ir a casa del señor Wynder? Porque no van a tener mucho que cenar —dijo Jeems—. Se ha muerto su cocinera y no han comprado otra. Les cocina una criada y los negros dicen que es la peor cocinera del estado.

—¡Cielos! ¿Por qué no compran otra cocinera?

—La basura blanca no compra negros. Nunca han tenido mucho.

En la voz de Jeems había verdadero desprecio. Su propia posición social estaba asegurada porque los Tarleton poseían cien negros y, como todos los esclavos de los grandes plantadores, desdeñaba a los pequeños granjeros que tenían pocos esclavos.

—Te voy a despellejar por hablar así —gritó Stuart con furia—. No llares basura blanca a Able Wynder. Es pobre, pero no es basura. Y no tengo la menor intención de permitir que nadie, ya sea moreno o blanco, lo insulte. En este condado no hay hombre mejor, si no, ¿por qué iban a nombrarlo subteniente del escuadrón?

—Eso yo no lo sé, señor —contestó Jeems, sin preocuparse por el enfado de su dueño—. A mí me parece que deberían escoger a los oficiales entre los caballeros ricos y no entre la basura de los pantanos.

—¡Que no es basura! ¿Pretendes compararlo con la auténtica basura blanca, como los Slatery? Lo que le pasa a Able es que no es rico. Es un pequeño granjero, no un gran plantador, y si los chicos le tienen suficiente estima como para nombrarlo subteniente, ningún morenito puede hablar de él con desvergüenza. El escuadrón sabe lo que hace.

El escuadrón de caballería se había organizado tres meses antes, el mismo día en que Georgia se separó de la Unión, y desde entonces los reclutas pedían la guerra. La unidad aún no tenía nombre, aunque no por falta de sugerencias. Todo el mundo aportaba su propia idea al respecto y no deseaba renunciar a ella, igual que todos tenían ideas acerca del color y el corte de los uniformes. «Los gatos salvajes de Clayton», «Los pendencieros», «Los húsares del norte de Georgia», «Los zuavos», «Los rifles del interior» (a pesar de que el escuadrón se iba a armar con pistolas, sables y machetes, pero no con rifles), «Los grises de Clayton», «Los violentos», «Los voluntarios», todos tenían sus adeptos. Hasta que el asunto se decidiera, todo el mundo se refería a la unidad como el escuadrón y, a pesar del nombre altisonante que se acabaría adoptando, mientras fue útil y sirvió de algo, continuó siendo el escuadrón, a secas.

Sus integrantes elegían a los oficiales porque nadie en el condado tenía experiencia militar, salvo unos pocos veteranos de la guerra de México y la guerra seminola y, además, el escuadrón habría rechazado como líder a cualquier veterano si no lo apreciaba y confiaba en él. Todo el mundo quería a los cuatro chicos Tarleton y a los tres Fontaine, pero, por más que lo lamentaban, se negaban a elegirlos porque los Tarleton se emborrachaban con facilidad y les gustaba hacer travesuras y los Fontaine tenían un mal genio endiablado que enseguida se apoderaba de ellos. Eligieron capitán a Ashley Wilkes porque era el mejor jinete del condado y porque contaban con su serenidad para mantener cierta apariencia de orden. A Raiford Calvert lo nombraron teniente porque todo el mundo lo apreciaba y subteniente a Able Wynder, pequeño granjero e hijo de un trampero de los pantanos.

Able era un gigante serio e inteligente, bondadoso, mayor que los otros jóvenes y que mostraba unos modales igual de buenos o incluso mejores en presencia de las damas. En el escuadrón había poco engreimiento. Muchos de sus padres y abuelos habían sido granjeros venidos a más. Por si fuera poco, Able era el mejor tirador del escuadrón, un verdadero tirador de élite, capaz de darle en un ojo a una ardilla a setenta y cinco metros de distancia, y sabía cuanto era necesario saber para vivir al aire libre, encender hogueras bajo la lluvia, seguir el rastro de los animales y encontrar agua. El escuadrón se inclinaba ante la auténtica valía y, como además lo apreciaban, lo nombraron oficial. Llevaba el honor con seriedad y sin jactarse, como si solo fuera su deber. Pero las esposas de los plantadores, al igual que sus esclavos, no conseguían pasar por alto el hecho de que no fuese un caballero, por mucho que sus maridos y dueños sí lo hicieran.

Al principio, los miembros del escuadrón solo se reclutaban entre los hijos de los dueños de las plantaciones, por lo que se trataba de una unidad de caballeros, en la que cada hombre proporcionaba su propio caballo, armas, material, uniforme y criado. Pero en el joven condado de Clayton no había demasiados plantadores ricos y para poder reunir un escuadrón completo había sido necesario buscar reclutas entre los hijos de los pequeños granjeros, los cazadores de las zonas aisladas, los tramperos de los pantanos, la chusma y, en muy pocos casos, incluso entre la basura blanca, si estaban por encima de la media de los de su clase.

Estos jóvenes se mostraban tan ansiosos por luchar contra los yanquis, si llegaba la guerra, como sus vecinos más ricos; pero acabó por surgir la delicada cuestión del dinero. Pocos pequeños

granjeros tenían caballos. Llevaban a cabo las tareas de sus granjas con la ayuda de mulas y no contaban con excedentes: en pocos casos tenían más de cuatro. No podían renunciar a ellas para enviarlas a la guerra ni aunque el escuadrón las hubiese aceptado, algo que resultaba imposible. En cuanto a los blancos pobres, se consideraban afortunados si poseían una sola mula. Los habitantes de las zonas aisladas y de los pantanos no tenían ni caballos ni mulas. Vivían exclusivamente de lo que producían sus tierras y de lo que cazaban, solían practicar el trueque, por lo que pocas veces veían más de cinco dólares al año en efectivo, y los caballos y los uniformes quedaban fuera de su alcance. Pero en su pobreza eran tan extremadamente orgullosos como los dueños de las plantaciones en su riqueza y no aceptaban nada de sus vecinos ricos que oliese a caridad. De modo que, para proteger los sentimientos de todos y desarrollar por completo el escuadrón, el padre de Scarlett, John Wilkes, Buck Monroe, Jim Tarleton, Hugh Calvert, de hecho, todos los propietarios de las grandes plantaciones del condado con la única excepción de Angus MacIntosh, habían contribuido con dinero destinado a equipar por completo el escuadrón, los caballos y los hombres. Como resultado de ello, los plantadores pagaban por equipar a sus propios hijos y a cierto número de los otros, pero la forma de organizar los preparativos permitía que los miembros menos acaudalados pudiesen aceptar caballos y uniformes sin sentirse ofendidos en su honor.

El escuadrón se reunía dos veces a la semana en Jonesboro a fin de entrenar y rezar para que empezase la guerra. Los preparativos para obtener la cuota completa de caballos no se habían completado, pero quienes disponían de ellos realizaban, en el terreno existente tras el palacio de justicia, lo que creían que eran maniobras de caballería, levantaban una buena polvareda, gritaban hasta quedarse afónicos y blandían los sables de la guerra de la Independencia que habían arrancado de las paredes de los salones. Quienes de momento no tenían caballos se sentaban en el bordillo, frente a la tienda de Bullard, y observaban a sus camaradas montados, mascaban tabaco y contaban historias. O bien organizaban concursos de tiro al blanco. No era necesario enseñar a disparar a ninguno de ellos. La mayor parte de los sureños nacía con un arma en la mano y toda una vida dedicada a la caza los convertía en tiradores expertos.

A cada encuentro llegaba un amplio surtido de armas procedentes de los hogares de los plantadores y de las cabañas de los pantanos. Las había de pequeño calibre que habían sido nuevas cuando se cruzaron los montes Allegheny por primera vez, viejas piezas de avancarga que habían acabado con algún que otro indio cuando Georgia era nueva, pistolas de arzón que se habían utilizado en 1812, en las guerras seminola y en México, pistolas de duelo montadas en plata, derringers de bolsillo, armas de caza de dos cañones y bonitos fusiles nuevos de fabricación inglesa con brillantes culatas de madera fina.

La instrucción siempre acababa en las tabernas de Jonesboro y cuando caía la noche habían surgido tantas peleas que a los oficiales les costaba lo suyo evitar las bajas hasta que llegasen los yanquis para infligirlas. Fue durante una de esas refriegas cuando Stuart Tarleton le disparó a Cade Calvert y Tony Fontaine a Brent. Los gemelos estaban en casa, recién expulsados de la Universidad de Virginia, cuando el escuadrón se creó, por lo que se alistaron con entusiasmo. Pero tras el episodio de los disparos —que había tenido lugar hacía dos meses— su madre los envió a la universidad estatal y les ordenó que se quedasen allí. Habían echado muchísimo de menos la emoción de la instrucción y no les importaba haber perdido la oportunidad de formarse si a cambio podían montar a caballo, gritar y disparar en compañía de sus amigos.

—Pues vamos campo a través hasta casa de Able —sugirió Brent—. Podemos cruzar el cauce del río del señor O'Hara y el prado de los Fontaine. Así llegaremos enseguida.

—No habrá nada que comer, solo zarigüeyas y verdura —protestó Jeems.

—Pero a ti no te tocará comerlo —sonrió Stuart—, porque vas a volver a casa para decirle a mamá que no iremos a cenar.

—¡No! —exclamó Jeems, asustado—. ¡No! A mí tampoco me gusta que la señorita Beatrice me pegue. Primero me preguntará por qué dejé que expulsaran otra vez a los señoritos. Después que por qué no les hice volver hoy a casa para que ella pudiera ponerles las manos encima. Luego me tocará pagar el pato y me echará la culpa de todo. Si no me llevan a casa del señor Wynder, pasaré la noche en el bosque y puede que me detengan las patrullas, porque prefiero a las patrullas que a la señorita Beatrice cuando está de mal humor.

Los gemelos observaron al decidido negro entre perplejos e indignados.

—Es tan tonto que sería capaz de dejar que lo atrapen las patrullas y eso le daría a mamá algo más sobre lo que hablar durante semanas. Juro que los morenos son un problema. A veces pienso que los abolicionistas tienen razón.

—Bueno, no sería justo obligar a Jeems a enfrentarse a lo que nosotros no queremos. Tenemos que llevármolo. Pero, oye, descarado negro idiota, si te das aires delante de los morenos de los Wynder e insinúas que nosotros siempre comemos pollo y jamón mientras que ellos solo tienen conejo y zarigüeya, te juro que... se lo diré a mamá. Además, no dejaremos que nos acompañes a la guerra.

—¿Darme aires? ¿Yo darme aires delante de esos negros rastros? No, señor, yo tengo mejores modales. La señorita Beatrice me enseñó los mismos modales que a todos ustedes.

—Pues con nosotros tres no se lució demasiado —dijo Stuart—. Venga, en marcha.

Hizo retroceder a su enorme caballo alazán, clavó espuelas y lo llevó a superar con facilidad la valla de madera y aterrizar en el suave terreno de la plantación de Gerald O'Hara. Le siguió el caballo de Brent y luego el de Jeems, que iba agarrado a la perilla de la silla y las crines del animal. A Jeems no le gustaba saltar vallas, pero para seguir a sus amos había saltado vallas más altas que aquella.

Mientras avanzaban cruzando los surcos rojos, colina abajo hacia el lecho del río en medio de una oscuridad cada vez mayor, Brent le gritó a su hermano:

—¡Oye, Stu! ¿No te parece que Scarlett tenía que habernos invitado a cenar?

—Yo pensaba que iba a hacerlo —contestó Stuart—. ¿Por qué crees que...?

Capítulo II



UANDO LOS GEMELOS DEJARON A SCARLETT de pie en el porche de Tara y el último sonido de los cascos al galope se desvaneció, ella volvió a su silla igual que un sonámbulo. Sentía el rostro rígido, como debido a algún dolor, y la boca le dolía de verdad por haberla forzado a sonreír de mala gana, para evitar que los gemelos conocieran su secreto. Cansada, se sentó sobre uno de sus pies y se le hinchó el corazón de pura pena, hasta que tuvo la impresión de que no le cabía en el pecho. Latía a sacudidas ocasionales, tenía las manos frías y una sensación de desastre la angustiaba. Su rostro reflejaba dolor y desconcierto, el desconcierto de una niña mimada que siempre se ha salido con la suya y que por primera vez entra en contacto con lo desagradable de la vida.

¡Ashley se iba a casar con Melanie Hamilton!

¡No podía ser verdad! Los gemelos se equivocaban. Le habían gastado una de sus bromas. Ashley no podía estar enamorado de Melanie. Imposible. Nadie podía enamorarse de alguien tan apocado. Scarlett recordó con desprecio la figura aniñada y flaca de Melanie, ese rostro serio con forma de corazón, tan soso que resultaba poco atractivo. Además, tenía que hacer varios meses que Ashley no la veía. No había ido a Atlanta en más de dos ocasiones desde la fiesta que celebró el año anterior en Doce Robles. No, Ashley no podía estar enamorado de Melanie porque —¡no podía equivocarse!— estaba enamorado de ella. Ella, Scarlett, era la única a la que él amaba. ¡Estaba segura!

Scarlett oyó los pasos pesados de Mammy agitar el suelo del vestíbulo y rápidamente liberó el pie e intentó darle a su rostro un gesto más tranquilo. Era mejor que Mammy no sospechara que algo iba mal. Mammy creía que era la dueña de los O'Hara, de sus cuerpos y de sus almas, que sus secretos le pertenecían, y el más leve indicio de misterio bastaba para que le siguiese el rastro con la intensidad de un sabueso. Scarlett sabía por experiencia que, si no satisfacía la curiosidad de Mammy de inmediato, ella comentaría el asunto con Ellen y entonces Scarlett se vería obligada a contárselo todo a su madre o a inventarse alguna mentira convincente.

Mammy, una mujer mayor y enorme con los ojillos astutos de un elefante, surgió del vestíbulo. Era de un negro lustroso, africana de pura raza, devota de los O'Hara hasta el punto de estar dis-

puesta a entregarles la última gota de su sangre, sostén principal de Ellen, desesperación de sus tres hijas y terror de los demás criados. Mammy era negra, pero su código de conducta y su sentido del orgullo eran tan elevados como los de sus dueños, o incluso más. Se había criado en el dormitorio de Solange Robillard, la madre de Ellen O'Hara, una

francesa quisquillosa, distante y altanera que no perdonaba, ni a sus hijos ni a sus criados, un justo castigo por cualquier vulneración del decoro. Había sido la niñera de Ellen y la había acompañado desde Savannah hasta el interior cuando se casó. Si Mammy quería a alguien, lo corregía. Y como su amor por Scarlett, además del orgullo que la hacía sentir, era enorme, el proceso de corrección y sometimiento resultaba prácticamente continuo.

—¿Se han ido los caballeros? ¿Cómo no los invitó a cenar, señorita Scarlett? Le había dicho a Pork que pusiera dos servicios más para ellos. ¿Y esos modales?

—Estaba tan harta de oírlos hablar sobre la guerra que no lo habría soportado durante la cena, sobre todo al participar papá y empezar a gritar contra el señor Lincoln.

—Tiene menos modales que un bracero, con lo que hemos luchado con usted la señorita Ellen y yo. ¿Y qué hace sin el chal? ¡El fresco de la noche empieza a caer! Y eso que le he dicho mil veces, ¿o no? que las fiebres vienen por quedarse de noche con los hombros al aire. Entre en casa, señorita Scarlett.

Scarlett le volvió la espalda a Mammy con una indiferencia calculada, dando las gracias porque Mammy no se había fijado en su rostro al preocuparse por la ausencia del chal.

—No, quiero quedarme aquí sentada para ver la puesta de sol. Es tan bonita. Ve tú a buscar mi chal. Por favor, Mammy, así esperaré aquí hasta que llegué papá.

—Por la voz parece que se está resfriando —dijo Mammy con suspicacia.

—No es así —contestó Scarlett, impaciente—. Tráeme el chal.

Mammy volvió a entrar en casa con su paso torpe y Scarlett la oyó llamar en voz baja desde el hueco de la escalera a la criada del piso superior.

—¡Eh, Rosa! Deja caer desde ahí el chal de la señorita Scarlett. —Pero enseguida elevó el tono—: ¡Negra inútil! No sirve para nada. Ahora voy a tener que subir a buscarlo yo.

Scarlett oyó crujir las escaleras y se puso en pie sin hacer ruido. Cuando Mammy volviera continuaría con su sermón sobre la falta de hospitalidad de Scarlett, pero esta se sabía incapaz de soportar su parloteo sobre un asunto tan trivial cuando se le estaba rompiendo el corazón. Mientras dudaba sobre dónde podría esconderse hasta que el dolor de su pecho remitiera un poco se le ocurrió una idea que le proporcionó un pequeño rayo de esperanza. Su padre había ido esa tarde hasta Doce Robles para intentar comprar a Dilcey, la esposa de Pork, su mayordomo y ayudante de cámara, que pertenecía a otro amo. Dilcey era encargada y comadrona en Doce Robles y desde que se habían casado, seis meses antes, Pork no había dejado de fastidiar a su amo noche



Mammy

y día para que comprara a Dilcey y los dos pudiesen vivir en la misma plantación. Esa tarde Gerald, sin más ganas de resistirse, había decidido hacer una oferta por Dilcey.

«Sin duda —pensó Scarlett—, papá sabrá si tan horrible historia es cierta. Aunque esta tarde no haya oído nada concreto, podría haber notado algo o sentido el nerviosismo de los Wilkes. Si consigo verlo en privado antes de la cena, tal vez pueda descubrir la verdad: que solo se trata de una de esas desagradables bromas de los gemelos».

Ya era hora de que Gerald volviera y, si quería verlo a solas, no podía hacer otra cosa que encontrarse con él donde el camino de acceso se unía a la carretera. Descendió con prisa los escalones delanteros mientras miraba por encima del hombro para asegurarse de que Mammy no la veía desde las ventanas de arriba. Al no descubrir ningún rostro ancho y negro coronado por un turbante blanco que la observaba con desaprobación entre un revoloteo de cortinas, se recogió con descaro la falda verde y floreada, y corrió por el sendero hacia el camino de acceso tan rápido como sus pequeños escarpines se lo permitieron.

Los oscuros cedros situados a cada lado del sendero de grava se unían formando un arco sobre su cabeza y convertían el largo paseo en un túnel poco iluminado. En cuanto se vio bajo las ramas retorcidas y nudosas de los cedros se supo a salvo de cualquiera que pudiese intentar observarla desde la casa y ralentizó el paso. Jadeaba, pues llevaba el corsé demasiado apretado como para posibilitar semejante carrera, pero continuó caminando tan rápido como pudo. Pronto llegó al final del camino de acceso y salió a la carretera, aunque no se detuvo hasta haber completado una curva que le permitió interponer un gran grupo de árboles entre ella y la casa.

Sonrojada y respirando con dificultad, se sentó en un tocón para esperar a su padre. Ya había pasado la hora en la que él solía regresar a casa, pero ella se alegró del retraso: le daría tiempo a calmar su respiración y el gesto de su rostro para no despertar sospechas. A cada momento esperaba oír el golpeteo de los cascos de su caballo y verlo llegar colina arriba a la velocidad de vértigo propia de él. Pero pasaban los minutos y Gerald no aparecía. Lo buscó a lo largo del camino, sintiendo de nuevo que el corazón se le hinchaba en el pecho.

«¡No puede ser verdad! —pensó—. ¿Por qué no viene?».

Sus ojos siguieron la serpenteante carretera, roja como la sangre tras la lluvia de la mañana. En su cabeza trazó su curso colina abajo hasta el lento río Flint, cruzando luego el enmarañado y pantanoso cauce para ascender la siguiente colina hasta Doce Robles, donde vivía Ashley. Ese era el único significado que la carretera tenía para ella en ese momento: que llevaba a Ashley y a la hermosa casa de columnas blancas que coronaba la colina como un templo griego.



Ashley Wilkes

«¡Ay, Ashley, Ashley!», pensó, y su corazón latió más rápido.

Logró enterrar en un rincón de su mente parte de la fría sensación de asombro y desastre que la había abrumado desde que los Tarleton le contaron su cotilleo y su lugar lo ocupó la fiebre que la poseía desde hacía dos años.

Ahora le parecía raro que, mientras crecía, Ashley nunca le hubiese resultado demasiado atractivo. Durante la infancia lo había visto ir y venir sin dedicarle ni un solo pensamiento. Pero lo amaba desde aquel día, dos años atrás, en que Ashley, recién llegado de su *Grand Tour* de tres años por Europa, había ido de visita para presentar sus respetos. Así de sencillo.

Ella se encontraba en el porche y él había ascendido el largo paseo a caballo, vestido de velarte gris, con un ancho pañuelo de cuello negro que realzaba a la perfección su camisa con chorreras. Incluso ahora recordaba hasta el último detalle de su atuendo, lo mucho que brillaban sus botas, el camafeo con una cabeza de Medusa en el alfiler de corbata y el Panamá de ala ancha que al instante de verla pasó a su mano. Se apeó, lanzó las riendas a un negrito y se quedó observándola con una amplia sonrisa en sus apacibles ojos grises, mientras el sol se reflejaba de tal forma en su cabello rubio que lo hacía parecer un casco hecho de reluciente plata. Dijo: «Pues sí que has crecido, Scarlett», subió con ligereza los escalones y besó su mano. ¡Y su voz! Jamás olvidaría el vuelco que le dio el corazón al oírla, como si fuera la primera vez, tan musical, resonante y lenta.

En ese primer instante lo había querido de la misma forma sencilla e irracional en la que quería alimentos para comer, caballos para montar y una cama cómoda para dormir.

Durante dos años la acompañó por todo el condado, a bailes, cenas de pescado frito, comidas campestres y a los días de audiencia en los tribunales; nunca tan a menudo como los gemelos Tarleton o Cade Calvert, nunca tan pertinaz como los Fontaine más jóvenes, pero no pasaba ni una semana entera sin que Ashley apareciera por Tara.

Cierto, él nunca la había cortejado ni sus ojos grises brillado con esa luz ardorosa que Scarlett veía en otros hombres. Sin embargo, a pesar de todo, sabía que él la amaba. No podía estar equivocada. Un instinto más fuerte que la razón y un conocimiento nacido de la experiencia le decían que la amaba. Lo había sorprendido demasiado a menudo cuando sus ojos no parecían ni adormilados ni distantes, cuando la miraba con un anhelo y una tristeza que la desconcertaban. Sabía que la amaba. ¿Por qué no se lo decía? Eso era lo que no lograba entender. Aunque había tantas cosas sobre él que no comprendía...

Siempre era cortés, pero también distante, frío. Nadie sabía en qué pensaba y Scarlett menos aún. En una comunidad en la que todos decían exactamente lo que pensaban en el instante mismo en que lo hacían, la reserva de Ashley resultaba exasperante. Era tan competente como los demás jóvenes en las distracciones comunes en el condado —la caza, el juego, el baile y la política— y era el mejor jinete de todos, pero difería de los otros en que esas actividades agradables no representaban para él ni el fin ni el propósito de su vida. Además, era el único que se interesaba por los libros, la música y por escribir poesía.

¿Por qué sería tan elegantemente rubio, tan cortésmente distante, tan exasperantemente aburrido con su charla sobre Europa, los libros, la música, la poesía y cosas que a ella no le interesaban en absoluto y, al mismo tiempo, tan deseable? Noche tras noche, cuando Scarlett se acostaba tras haber estado con él en la penumbra del porche delantero, se pasaba horas dando vueltas en la cama y solo la consolaba pensar que la próxima vez que la viera sin duda se declararía. Pero la siguiente vez llegaba y se iba y el resultado era... nada; nada salvo que la fiebre que la poseía no dejaba de aumentar.

Lo amaba, lo quería y no lo entendía. Ella era tan directa y sencilla como la brisa que soplaba sobre Tara y el río amarillo que serpenteaba entre sus límites, y hasta el final de sus días no

sería capaz de entender algo complicado. Por primera vez en su vida se enfrentaba a un carácter complejo.

Ashley provenía de un linaje de hombres que utilizaban su ocio para pensar, en lugar de hacer, para tejer sueños de colores brillantes totalmente ajenos a la realidad. Se movía en un mundo interior que era más hermoso que Georgia y volvía al mundo real a regañadientes. Miraba a las personas y ni le agradaban ni le desagradaban. Miraba la vida y no se sentía animado ni entristecido. Aceptaba el universo y el lugar que ocupaba en él tal y como eran, pero se encogía de hombros y volvía a su música, sus libros y su mundo mejor.

Scarlett no sabía por qué la había cautivado, teniendo en cuenta que su mente le resultaba desconocida por completo. Ese misterio era lo que atraía la curiosidad de la joven como una puerta sin llave ni cerradura. Las cosas de él que no lograba entender solo conseguían que lo amase más y su extraño y contenido cortejo únicamente hacía aumentar su determinación por lograr que fuese suyo. Nunca había dudado de que algún día acabaría por declararse, ya que era demasiado joven y consentida para haber conocido la derrota. Y ahora, como un rayo, caía sobre ella tan horrible noticia. ¡Ashley casado con Melanie! ¡No podía ser verdad!

Pero si la semana anterior, mientras cabalgaban de vuelta a casa desde Fairhill a la luz del crepúsculo, le había dicho: «Scarlett, tengo algo tan importante que decirte que no sé cómo hacerlo».

Ella bajó la mirada recatadamente, mientras su corazón latía desbocado de placer, pensando que el feliz momento había llegado. Entonces él dijo: «¡Ahora no! Ya casi hemos llegado y no hay tiempo. ¡Ay, Scarlett, soy un verdadero cobarde!». Espoleó a su caballo y la retó a una carrera hasta Tara, colina arriba.

Scarlett, sentada en el tocón, pensó en aquellas palabras que la habían hecho tan feliz y de repente comprendió que tenían otro significado, un significado horrible. ¿Y si lo que había pretendido era darle la noticia de su compromiso?

¡Si su padre llegara de una vez! No podía soportar más el suspense. Volvió a mirar impaciente hacia la carretera y de nuevo se sintió decepcionada.

El sol ya se encontraba por debajo del horizonte y el resplandor rojizo del mundo se apagaba y se volvía rosado. El cielo pasaba poco a poco de un azul celeste al delicado azul verdoso de los huevos del petirrojo, y la sobrenatural quietud del crepúsculo rural la iba rodeando furtivamente. Una tenue oscuridad cubría el campo. La carretera y los surcos rojizos como una herida abierta perdían su mágico color de sangre y se volvían tierra marrón, común y corriente. Al otro lado de la carretera, en el prado, los caballos, las mulas y las vacas permanecían inmóviles, con las cabezas sobre la valla, a la espera de que los condujesen a los establos y les diesen la cena. No les gustaba la oscura sombra de los matorrales que cercaban el riachuelo del prado y movían las orejas en dirección a Scarlett como si apreciaran la compañía humana.

En aquella extraña penumbra los altos pinos de la ribera, de un verde tan cálido a la luz del sol, parecían negros contra el cielo color pastel, una hilera impenetrable de gigantes negros capaces de ocultar la lenta agua amarilla que discurría a sus pies. Sobre la colina de la margen opuesta las elevadas chimeneas blancas del hogar de los Wilkes desaparecían poco a poco en la oscuridad de los densos robles que las rodeaban y solo se apreciaba que allí había una casa gracias a los lejanos puntitos de las lámparas encendidas para iluminar la cena. El cálido y agradable aroma de la primavera la rodeaba con sus olores a tierra recién arada y a tanto verde fresco que brotaba sin descanso.

La puesta de sol, la primavera y la nueva vegetación no eran un milagro para Scarlett. Aceptaba su belleza con tanta indiferencia como aceptaba el aire que respiraba y el agua que bebía,

ya que nunca había apreciado la belleza de forma consciente en nada que no fuesen los rostros de las mujeres, los caballos, los vestidos de seda y objetos tangibles por el estilo. Sin embargo, la serena penumbra que cubría los cuidados acres de Tara aportó cierto grado de tranquilidad a su preocupada mente. Amaba tanto esa tierra, sin siquiera ser consciente de ello... la amaba como al rostro de su madre iluminado por la lámpara a la hora de rezar.

En la tranquila y tortuosa carretera seguía sin apreciarse ni rastro de Gerald. Si tenía que esperar mucho más, sin duda Mammy iría a buscarla y la obligaría a volver a casa. Pero mientras esforzaba la vista por ver algo en la oscurecida carretera oyó el golpeteo de unos cascos al pie de la colina del prado y vio que los caballos y las vacas se dispersaban asustados. Gerald O'Hara volvía a casa campo través y a toda velocidad.

Ascendió la colina al galope sobre su caballo adiestrado para la caza, de cuerpo sólido y patas largas, por lo que a lo lejos parecía un niño en una montura demasiado grande. Con su melena cana al viento, espoleó al caballo con la fusta y a gritos.

A pesar de sus preocupaciones, lo observó con orgullo y afecto, ya que Gerald era un jinete excelente.

«Me pregunto por qué siempre querrá saltar las vallas cuando se ha tomado unas copas —pensó—. Sobre todo después de la caída que sufrió aquí mismo el año pasado, cuando se rompió la rodilla. Creí que habría aprendido. Además, a mamá le juró que no volvería a saltar».

Scarlett no temía a su padre y se sentía más unida a él que a sus hermanas, porque saltar vallas y guardar el secreto ante su esposa le confería un orgullo infantil y una alegría culpable que igualaban su propio placer al engañar a Mammy. Se puso de pie para verlo mejor.

El enorme caballo llegó ante la valla, tomó impulso y se elevó con tanta facilidad como un pájaro, mientras su jinete gritaba entusiasmado y golpeaba el aire con la fusta, con los rizos blancos flotando a su espalda. Gerald no vio a su hija a la sombra de los árboles y detuvo al caballo en el camino para darle palmaditas de aprobación en el cuello.

—No hay nadie en el condado que esté a tu altura, ni en todo el estado —informó, orgulloso, a su montura, con un fuerte acento del condado de Meath, a pesar de los treinta y nueve años que llevaba en América.

Enseguida se ocupó de alisarse el pelo y de arreglarse la camisa con chorreras y el pañuelo del cuello, que se le había torcido. Scarlett sabía que ese acicalamiento apresurado se debía a su intención de aparecer ante su esposa con el aspecto de un caballero que regresa a casa con serenidad tras visitar a un vecino. También fue consciente de que eso le permitiría comenzar una conversación sin revelar su verdadero propósito.

Se rio. Según pretendía, Gerald se sobresaltó al oírla. La reconoció enseguida y a su rostro colorado asomó una mirada avergonzada y desafiante a la vez. Desmontó con dificultad porque tenía la rodilla rígida y, con las riendas sobre el brazo, se acercó cojeando hacia ella.

—Vaya, señorita —dijo, y le pellizcó la mejilla—, así que has venido a espíarme y, como hizo tu hermana Suellen la semana pasada, se lo contarás a tu madre.

En su ronca voz de bajo había indignación, pero también un matiz persuasivo, y Scarlett, de broma, chasqueó la lengua mientras se estiraba para colocarle el pañuelo en su sitio. El aliento del padre olía a *bourbon* mezclado con una leve fragancia a menta. También lo acompañaban el olor a tabaco de mascar, a cuero bien engrasado y a caballo, combinación de aromas que siempre asociaba con su padre y que, por instinto, encontraba agradable en otros hombres.

—No, papá, yo no soy una acusica como Suellen —aseguró, al tiempo que se apartaba un poco de él para observar su atuendo con gesto serio.

Gerald era un hombre pequeño —medía un metro con sesenta y cinco centímetros— pero tan robusto y con un cuello tan grueso que su aspecto, cuando estaba sentado, llevaba a quienes no lo conocían a pensar que era mucho más alto. Su fornido torso se apoyaba en unas piernas cortas y recias, siempre revestidas por las mejores botas de cuero disponibles y siempre separadas entre sí, como las de un niño presuntuoso. La mayoría de la gente baja que se toma en serio resulta un tanto ridícula, pero el gallo enano recibe el respeto del corral y lo mismo ocurría con Gerald. Nadie se atrevería, jamás, a pensar que Gerald O'Hara era una figurita ridícula.

Tenía sesenta años y su cabello denso y rizado estaba cuajado de canas, pero en su rostro astuto no había arrugas y sus ojillos azules y serios eran jóvenes, con esa juventud despreocupada de quien nunca ha puesto a prueba su cerebro con problemas más abstractos que cuántas cartas dar en una partida de póquer. En todo lo largo y ancho de la madre patria abandonada tanto tiempo atrás no podría hallarse un rostro más irlandés que el suyo: redondo, rubicundo, de nariz chata, boca ancha y gesto agresivo.

Bajo su colérico aspecto exterior, Gerald O'Hara tenía el mejor de los corazones. No soportaba ver a un esclavo hacer pucheros tras una reprimenda, por muy merecida que fuese, ni oír maullar a un gatito o llorar a un niño; pero le horrorizaba que alguien descubriese esa debilidad. No era consciente de que todos cuantos lo conocían se daban cuenta de su buen corazón a los cinco minutos de tratarlo y, de haberlo sabido, su vanidad habría sufrido enormemente, porque le gustaba pensar que cuando vociferaba alguna orden todo el mundo temblaba y obedecía. Jamás se le había ocurrido pensar que en la plantación solo se obedecía el sonido de una voz: la suave voz de su esposa Ellen. Era un secreto del que nunca iba a enterarse porque todo el mundo, desde Ellen hasta el más estúpido de los braceros, conspiraba en silencio para que continuase creyendo que su palabra era ley.

Scarlett era quien menos se dejaba impresionar por sus ataques de mal humor y sus gritos. Era la mayor de su prole y, ahora que Gerald sabía que no tendría más hijos varones que los tres que descansaban en el cementerio familiar, se había acostumbrado a tratarla como si fuese un hombre, algo que a ella le encantaba. Scarlett se parecía más a su padre que sus hermanas pequeñas, porque Carreen —bautizada como Caroline Irene— era delicada y soñadora, y Suellen —Susan Elinor— se enorgullecía de su elegancia y su porte femenino.

Además, Scarlett y su padre estaban unidos por un acuerdo de mutua ocultación. Si Gerald la sorprendía subiendo una valla en lugar de caminar media milla hasta llegar a una puerta, la castigaba personalmente y con vehemencia, pero no se lo contaba ni a Ellen ni a Mammy. Y cuando Scarlett lo pillaba saltando vallas tras su solemne promesa a su esposa o se enteraba de la cifra exacta de sus pérdidas al póquer —algo que siempre hacía debido a los cotilleos—, se guardaba de comentarlo en la mesa de esa forma astutamente ingenua en que lo hacía Suellen. Scarlett y su padre se garantizaban el uno al otro que permitir que Ellen se enterase de esos asuntos solo serviría para hacerle daño, y por nada del mundo querían herir a alguien tan cariñoso.

Scarlett miró a su padre a la mortecina luz y, sin saber por qué, le resultó reconfortante estar a su lado. En él había algo vital, sencillo y tosco que la atraía. Al no ser la suya una mente analítica, no se daba cuenta de que era así porque, en cierta medida, ella acumulaba esas mismas cualidades, a pesar de los dieciséis años de esfuerzos realizados por Ellen y Mammy para borrarlas.

—Ahora ya estás presentable —le dijo—. No creo que nadie sospeche que has vuelto a las andadas, a menos que te dé por presumir. Pero me parece que después de haberte roto la rodilla el año pasado, saltar esa misma valla...

—Bueno, que me aspen si voy a permitir que mi propia hija me diga lo que puedo o no puedo saltar —gritó mientras le daba otro pellizco en la mejilla—. Es mi cuello el que me juego. Además, señorita, ¿qué haces aquí fuera sin un chal?

Al ver que empleaba maniobras ya conocidas para librarse de una conversación desagradable, la joven se colgó del brazo de su padre y le dijo:

—Te estaba esperando. No imaginaba que llegarías tan tarde. Quería saber si habías comprado a Dilcey.

—La he comprado, sí, y ha sido mi ruina. La compré a ella y a Prissy, su chiquilla. John Wilkes casi estaba dispuesto a regalármelas, pero no permitiré que nadie diga que Gerald O'Hara se aprovecha de la amistad para hacer negocios. Lo obligué a aceptar tres mil dólares por las dos.

—En nombre de Dios, papá ¡tres mil dólares! ¡Y no era necesario que compraras a Prissy!

—¿Ha llegado el momento de que me juzguen mis propias hijas? —gritó Gerald retóricamente—. Prissy es una buena chiquilla y...

—La conozco. Es una criatura estúpida y traviesa —contestó Scarlett con calma, sin dejarse impresionar por su griterío—. Y si la has comprado ha sido porque Dilcey te pidió que lo hicieras.

Gerald parecía abatido y avergonzado, como siempre que lo pillaban haciendo una buena acción, y Scarlett se rio abiertamente de su transparencia.

—¿Y qué si lo hice? ¿Servía de algo comprar a Dilcey si iba a pasarse el día llorando por su hija? Pero nunca volveré a permitir que un negro de esta propiedad se case con alguien de fuera. Venga, niña, vamos a cenar.

Las sombras eran cada vez más densas, los últimos matices verdosos habían desaparecido del cielo y el fresco sustituía la calidez de la primavera. Pero Scarlett perdía el tiempo porque buscaba la forma de sacar el tema de Ashley sin permitir que Gerald sospechase de sus motivos. Resultaba difícil, porque Scarlett no tenía ni una pizca de sutileza en el cuerpo y Gerald se parecía tanto a ella que siempre lograba ver a través de sus poco convincentes subterfugios, igual que ella veía a través de los de él. Por si fuera poco, Gerald solía hacerlo sin la más mínima discreción.

—¿Cómo se encuentran los de Doce Robles?

—Como siempre. Estaba allí Cade Calvert y, cuando solucioné el asunto de Dilcey, nos sentamos en la galería y nos tomamos varios ponches. Cade acaba de llegar de Atlanta y allí están todos alterados, no paran de hablar de la guerra y...

Scarlett suspiró. Si Gerald se aferraba al tema de la guerra y la secesión, tardaría horas en hablar de otra cosa. Lo interrumpió al instante.

—¿Comentaron algo sobre la barbacoa de mañana?

—Pues ahora que lo pienso, sí. La señorita... ¿cómo se llama?, esa chiquilla tan dulce que estuvo aquí el año pasado, ya sabes, la prima de Ashley... Ah, sí, la señorita Melanie Hamilton, así se llama, pues ella y su hermano Charles ya han llegado de Atlanta y...

—Ah, así que ha venido.

—Sí, y es muy dulce y muy tranquila, sin una palabra que decir por su cuenta, como deberían ser todas las mujeres. Venga, hija, no te retrases. Tu madre debe de estar buscándonos.

A Scarlett se le cayó el alma a los pies al oír la noticia. Había conservado la esperanza de que algo retuviese a Melanie Hamilton en Atlanta, de donde no debería salir, y al saber que incluso su padre aprobaba su carácter dulce y tranquilo, tan distinto al suyo, se vio obligada a hablar abiertamente.

—¿También estaba Ashley?

—Sí. —Gerald se soltó del brazo de su hija y se volvió para mirarla directamente a los ojos—. Y si por eso has venido hasta aquí a esperarme, ¿por qué no me lo dijiste en vez de andarte con rodeos?

A Scarlett no se le ocurrió nada que contestar y, molesta, sintió que enrojecía.

—Habla.

Ella siguió sin decir nada, deseando que estuviese permitido zarandear a un padre y decirle que se callara.

—Estaba y fue muy amable al preguntar por ti, al igual que sus hermanas, y dijo que esperaba que nada te impidiese acudir a la barbacoa de mañana. Estoy seguro de que nada evitará que vayas —añadió con astucia—. Y ahora, hija, dime, ¿qué es lo que ocurre entre Ashley y tú?

—Nada —se limitó a contestar ella mientras tiraba del brazo del padre—. Vamos, papá.

—Así que ahora eres tú quien quiere llegar a casa —comentó él—. Pues yo pienso quedarme aquí hasta que te entienda. La verdad es que has estado muy rara últimamente. ¿Ha estado jugando contigo? ¿Te ha pedido que te cases con él?

—No —respondió ella en tono seco.

—No lo hará —dijo Gerald.

Scarlett se puso furiosa, pero Gerald la mandó tranquilizar con un gesto de su mano.

—¡Cierra la boca, señorita! Esta tarde, con la más absoluta reserva, John Wilkes me contó que Ashley se va a casar con la señorita Melanie. Lo anunciarán mañana.

A Scarlett se le resbaló la mano del brazo de su padre. ¡Así que era verdad!

Un dolor le atravesó el corazón con la violencia de los colmillos de un animal salvaje. Todo el tiempo sintió los ojos de su padre posados en ella, en parte compasivos y en parte molestos por tener que enfrentarse a un problema para el que no tenía respuesta. Amaba a Scarlett, pero le hacía sentirse incómodo que ella le impusiese sus problemas infantiles para que él los solucionase. Ellen tenía todas las respuestas. Scarlett debería acudir a ella con sus contratiempos.

—¿Te has puesto en entredicho? ¿Nos has puesto a todos? —vociferó, con un tono de voz más alto cada vez, como ocurría siempre cuando se alteraba—. ¿Has perseguido a un hombre que no está enamorado de ti, pudiendo tener a cualquiera de los machos del condado?

La ira y el orgullo herido alejaron parte del dolor.

—Yo no lo he perseguido. Pero... pero me ha sorprendido la noticia.

—¡Mientes! —exclamó Gerald. Luego, al ver su rostro afligido, en un arranque de amabilidad añadió—: Lo siento, hija. Pero al fin y al cabo, no eres más que una niña y hay montones de pretendientes.

—Mamá solo tenía quince años cuando se casó contigo y yo ya tengo dieciséis —dijo Scarlett con voz apagada.

—Lo de tu madre es distinto —contestó Gerald—. Ella nunca fue voluble como tú. Vamos, hija, ámate, y la semana que viene te llevaré a Charleston, a visitar a tu tía Eulalie y, con todo el jaleo que están armando allí por lo del Fuerte Sumter, te olvidarás de Ashley en una semana.

«Cree que soy una niña —pensó Scarlett, porque la pena y la ira le impedían hablar— y que solo tiene que enseñarme un juguete nuevo para que me olvide de mis chichones».

—No me mires de esa forma —advirtió Gerald—. Si tuvieses un mínimo de sentido común te habrías casado hace tiempo con Stuart o Brent Tarleton. Piénsalo, hija. Si te casas con uno de los gemelos, las plantaciones operarán juntas y Jim Tarleton y yo te construiremos una buena casa en el punto en el que se unen, en ese pinar tan bonito y...

—¿Quieres dejar de tratarme como si fuera una niña? —gritó Scarlett—. No quiero ir a Charleston ni tener una casa ni casarme con los gemelos. Solo quiero...

Se contuvo, aunque no a tiempo. La voz de Gerald sonó extrañamente tranquila y habló despacio, como si extrajera las palabras de un almacén de ideas que pocas veces usaba.

—Solo quieres a Ashley, pero no lo vas a tener. Y si él quisiera casarse contigo, le daría mi consentimiento con aprensión, solo debido a la buena amistad existente entre John Wilkes y yo. —Al ver la sorpresa de ella, continuó—: Quiero que mi niña sea feliz y con él no serías feliz.

—¡Sí que lo sería! ¡Sí!

—No, hija, de eso nada. Solo puede haber felicidad cuando el matrimonio es entre iguales.

Scarlett sintió el repentino y traicionero deseo de gritar: «Pero mamá y tú habéis sido felices y no sois iguales»; sin embargo, el miedo a que le tirase de las orejas la llevó a contenerse.

—Los Wilkes y nosotros somos distintos —continuó despacio, titubeando en busca de las palabras adecuadas—. Los Wilkes son distintos a todos nuestros vecinos, son distintos a todas las familias que he conocido. Son gente extraña y es mejor que se casen con sus primos y conserven esa rareza dentro de los límites de su familia.

—Pero, papá, Ashley no es...

—¡Calla la boca, niña! No he dicho nada en contra del chaval, porque lo aprecio. Y cuando digo que son extraños no me refiero a que estén locos. No es raro como los Calvert, que se jugarían todo lo que tienen a un caballo, o como los Tarleton, que de cada camada sacan uno o dos borrachos, o como los Fontaine, que son impulsivos como las bestias y están dispuestos a matar a un hombre por cualquier insignificancia. Esos tipos de rareza se comprenden con facilidad, sin duda, y de no haber sido por la gracia de Dios, Gerald O'Hara habría compartido todos esos fallos. Tampoco me refiero a que, si tú fueras su esposa, Ashley se iría con otra mujer ni a que te pegaría. Serías más feliz si lo hiciera, porque al menos eso lo entenderías. Sin embargo, es raro de otras maneras y resulta imposible comprenderlo. Lo aprecio, pero no logro descifrar la mayoría de las cosas de las que habla. A ver, niña, dime la verdad, ¿entiendes todas esas bobadas que dice sobre libros, poesía, música, cuadros antiguos y cosas de esas?

—¡Ay, papá! —exclamó Scarlett, impaciente—. Si me casara con él cambiaría todo eso.

—Eso crees, ¿verdad? —preguntó Gerald en tono irritado, al tiempo que la miraba con intensidad—. Entonces es que sabes bien poco de los hombres y mucho menos de Ashley. Ninguna esposa ha logrado cambiar a su marido lo más mínimo, no lo olvides jamás. Y en cuanto a lo de cambiar a un Wilkes... ¡Por los calzones de Cristo, hija! Toda la familia es así y siempre han sido así. Probablemente siempre lo serán. Te digo que nacen raros. Mira cómo se van corriendo a Nueva York o Boston para escuchar óperas y ver cuadros viejos. ¡Y encargan libros en francés y alemán a los yanquis! Luego se sientan a leer y a soñar sabrá Dios con qué, cuando harían mejor en dedicar su tiempo a cazar y a jugar al póquer como los hombres de verdad.

—No hay nadie en el condado que monte a caballo mejor que Ashley —dijo Scarlett, furiosa por el insulto de afeminamiento lanzado contra él—. Nadie salvo, quizá, su padre. Y en cuanto al póquer, ¿es que no te ganó Ashley doscientos dólares la semana pasada en Jonesboro?

—Los Calvert han vuelto a irse de la lengua —dijo Gerald en tono resignado—, o no sabrías la cantidad. Ashley puede montar con el mejor y jugar al póquer con el mejor, ¡que soy yo, niña! Y no niego que cuando decide beber es capaz de aguantar incluso más que los Tarleton. Puede hacer todas esas cosas, pero las hace sin ganas. Por eso digo que es raro.

Scarlett guardó silencio y le dio un vuelco el corazón. No se le ocurría defensa alguna ante el último comentario porque sabía que Gerald estaba en lo cierto. Ashley no hacía con ganas ninguna de esas cosas agradables que dominaba. Nunca se mostraba más interesado que lo educadamente necesario en todo eso que era de vital importancia para los demás.



Gerald interpretó correctamente su silencio, le dio unos golpecitos en el brazo y dijo con aire triunfal:

—¿Lo ves, Scarlett? Hasta tú admites que es verdad. ¿Qué harías con un marido como Ashley? Todos los Wilkes sueñan despiertos. —Luego, en tono adulator, añadió—: Hace un rato, cuando hablé de los Tarleton, no era por defenderlos. Son buenos chicos, pero si has puesto los ojos en Cade Calvert, a mí no me importa. Los Calvert son buena gente, todos ellos, a pesar de que el padre se haya casado con una yanqui. Y cuando yo no esté... ¡Calla, cielo, escúchame! Os dejaré Tara a ti y a Cade...

—No aceptaría a Cade ni en bandeja de plata —gritó Scarlett, furiosa—. ¡Me gustaría que dejaras de insistir al respecto! No quiero Tara ni ninguna otra plantación. Las plantaciones no valen nada cuando...

Iba a decir «cuando no se tiene al hombre al que se ama», pero Gerald, encolerizado por la ligereza con la que trataba el regalo que le había ofrecido, aquello que después de Ellen más amaba en el mundo, la interrumpió vociferando:

—¿Pretendes decirme, Scarlett O'Hara, que Tara, que la tierra, no tiene valor alguno?

Scarlett asintió obstinadamente. Le dolía demasiado el corazón como para que le importase si su padre se enfadaba o no.

—La tierra es lo único importante en el mundo —gritó él, mientras sus brazos cortos y gruesos dibujaban amplios gestos de indignación—, porque es lo único que dura, ¡no lo olvides nunca! Es lo único por lo que merece la pena trabajar, luchar o morir.

—¡Papá! ¡Hablas como un irlandés! —dijo ella con desdén.

—¿Alguna vez me he avergonzado de ello? No, me siento orgulloso. ¡Y que no se te olvide que tú eres medio irlandesa, señorita! Para cualquiera que tenga una sola gota de sangre irlandesa en las venas la tierra en la que vive es como su madre. Me avergüenzo de ti. Te ofrezco la tierra más hermosa del mundo, salvo el condado de Meath en mi madre patria, ¿y qué haces tú? ¡La desprecias!

Gerald había empezado a alterarse de tal forma que estaba a punto de dejarse llevar por otro agradable arrebató de furia cuando algo en el rostro desconsolado de Scarlett lo hizo detenerse.

—Pero... eres joven. Ya se apoderará de ti el amor por la tierra. Cuando se es irlandés resulta imposible evitarlo. No eres más que una niña y estás preocupada por un admirador. Cuando seas mayor verás cómo... Pero ahora, decídette por Cade, los gemelos o uno de los muchachos jóvenes de Evan Munroe, ¡y ya verás qué bien te trato!

—¡Papá!

Para entonces Gerald ya estaba harto de la conversación y muy molesto porque el problema hubiera caído sobre sus hombros. Además, se sentía ofendido porque Scarlett continuara afligida después de que le hubiese ofrecido los mejores jóvenes del condado y Tara. A Gerald le gustaba que sus regalos fuesen recibidos entre aplausos y besos.

—Nada de pucheritos, señorita. No importa con quien te cases, siempre que él opine como tú, sea un caballero, del sur y orgulloso. Para la mujer, el amor llega después de la boda.

—¡Ay, papá! ¡Esa es una idea anticuada de tu madre patria!

—¡Y muy buena! ¡Esa idea americana de andar casándose por amor, como los criados, como los yanquis, ja! Los mejores matrimonios surgen cuando los padres eligen por las hijas. Porque, ¿cómo puede una tontita como tú diferenciar a un buen hombre de un bellaco? Mira a los Wilkes. ¿Qué los ha mantenido orgullosos y fuertes durante tantas generaciones? Pues casarse con sus iguales, casarse con los primos con los que en la familia siempre esperan que se casen.

—¡Oh! —exclamó Scarlett.

Un nuevo dolor la golpeó cuando las palabras de Gerald la hicieron comprender lo inevitable que es la verdad. Gerald miró la cabeza gacha de su hija y arrastró los pies, nervioso.

—¿No estarás llorando? —preguntó, intentando alcanzar su barbilla para hacerle alzar el rostro, mientras fruncía el ceño de pena.

—No —respondió ella con convicción, al tiempo que se apartaba de él.

—Mientes y eso me enorgullece. Me alegro de que en ti haya orgullo, niña. Y mañana, en la barbacoa, quiero ver ese orgullo. No quiero que el condado entero cotillee y se ría de ti por beber los vientos por un hombre que nunca pensó en ti más allá de la amistad.

«Sí que pensó en mí. ¡Y muchas veces! —se dijo Scarlett, con el corazón triste—. Yo lo sé. Lo he sentido. Si hubiese tenido un poco más de tiempo sé que habría logrado que dijera... ¡Ay, si no fuera porque los Wilkes creen que deben casarse con sus primos!».

Gerald la agarró del brazo y lo situó alrededor del suyo.

—Ahora entraremos a cenar y esto quedará entre nosotros. No quiero preocupar a tu madre... y tú tampoco. Suénate la nariz, hija.

Scarlett se sonó en su pañuelo y, cogidos del brazo, echaron a andar camino de acceso arriba, con el caballo tras ellos. Cerca de la casa, Scarlett estaba a punto de volver a hablar cuando vio a su madre entre las sombras del porche. Llevaba puestos la capota, el chal y los mitones y en la mano sujetaba la bolsa de cuero negro en la que Ellen O'Hara siempre llevaba las vendas y medicamentos que usaba para curar a los esclavos. Los labios de Mammy eran grandes y colgaban y, cuando se indignaba, era capaz de lograr que el inferior sobresaliera el doble de lo normal. Ahora lo llevaba así y Scarlett supo que Mammy estaba enfadada por algo que no le parecía bien.

—Señor O'Hara —llamó Ellen al verlos en el camino. Ellen pertenecía a esa generación que era formal incluso tras diecisiete años de matrimonio y seis hijos en común—. Señor O'Hara, hay enfermedad en casa de los Slattery. Ha nacido el bebé de Emily, se muere y debe ser bautizado. Voy hasta allí con Mammy para ver qué puedo hacer.

Le dio un tono interrogativo a su voz, como si su plan dependiera del consentimiento de Gerald. Lo cierto era que se trataba de una simple formalidad, aunque muy apreciada por Gerald.

—¡En nombre de Dios! —estalló Gerald—. ¿Por qué tiene que alejarte de aquí esa basura blanca a la hora de la cena y justo cuando estoy deseando contarte lo que se dice en Atlanta de la guerra? Vete, señora O'Hara. No serías capaz de conciliar el sueño si hay problemas fuera y tú no acudes a ayudar.

—No descansa porque todas las noches hay que atender a algún negro o alguna basura blanca que podrían cuidar de sí mismos —se quejó Mammy en tono monótono mientras bajaba los escalones hacia el carruaje que aguardaba en el camino lateral.

—Ocupa mi lugar en la mesa, hija —dijo Ellen, y dio una suave palmadita en la mejilla de Scarlett con su mano enguantada.

A pesar de las lágrimas contenidas, Scarlett se estremeció bajo la magia inagotable del tacto materno y de la leve fragancia a hierbaluisa de la bolsita que llevaba siempre y que desprendía su vestido de seda al moverse. Para Scarlett, en Ellen O'Hara había algo que la dejaba sin respiración, era un milagro que habitaba en la casa con ella, que la impresionaba, la hechizaba y la tranquilizaba.

Gerald ayudó a su mujer a subir al carruaje y ordenó al cochero que condujera con cuidado. Toby, que llevaba veinte años ocupándose de los caballos de Gerald, proyectó los labios hacia afuera en un gesto de muda indignación porque le habían dicho cómo hacer su trabajo. Al

arrancar, con Mammy sentada a su lado, componían la imagen perfecta de la desaprobación africana.

—Si yo no hiciera tanto por esa gentuza de los Slattery y les ahorrara tanto dinero, estarían encantados de venderme sus miserables y raquíticos acres de pantano y el condado se libraría de ellos por fin —soltó Gerald. Luego se animó, en previsión de gastar una de sus bromas—. Ven, hija, vamos a decirle a Pork que en vez de comprar a Dilcey, lo he vendido a él a John Wilkes.

Entregó las riendas de su caballo a un negrito que se hallaba cerca y empezó a subir los escalones. Ya había olvidado el desengaño amoroso de Scarlett y su mente se concentraba en fastidiar a su ayuda de cámara. Scarlett subió tras él, despacio y con los pies de plomo. Pensó que al fin y al cabo la unión entre ella y Ashley no podría ser más rara que la de su padre y Ellen Robillard O'Hara. Como siempre, se preguntó cómo su padre, ruidoso e insensible, se las había apañado para casarse con una mujer como su madre, pues no existían dos personas más distintas que ellos, por cuna, educación y manera de pensar.

Capítulo III

ELLEN O'HARA TENÍA TREINTA Y DOS AÑOS y, según los criterios de su época, era una mujer madura que había dado a luz a seis hijos y enterrado a tres. Era alta —le sacaba una cabeza a su exaltado marido—, pero se movía con una elegancia tan contenida, dentro de los oscilantes aros de su miriñaque, que su altura no llamaba la atención. Su cuello, de piel color crema, surgía redondeado y esbelto del tafetán negro que recubría su corpiño, y el peso de su exuberante cabello, sujeto en la nuca por una redecilla, lo obligaba a inclinarse levemente hacia atrás. De su madre francesa, cuyos progenitores habían huido de Haití durante la revolución de 1791, provenían sus ojos rasgados y oscuros, sombreados por unas pestañas negras, y su cabello, también negro. De su padre, soldado de Napoleón, había heredado la larga y recta nariz y la mandíbula cuadrada, suavizada por la delicada curva de las mejillas. Pero solo de la vida, de la experiencia, podría haber obtenido el rostro de Ellen su gesto orgulloso, aunque sin altanería, su elegancia, su melancolía y su absoluta carencia de sentido del humor.

Habría sido una mujer increíblemente hermosa si hubiese habido algún brillo en sus ojos, calidez receptiva en su sonrisa o espontaneidad en esa voz que abrazaba con su suave melodía los oídos de su familia y sus criados. Hablaba con ese suave mascullar de los georgianos de la costa, de vocales líquidas, delicado con las consonantes y un levísimo rastro de acento francés. Era una voz que nunca elevaba su tono al dar una orden a un criado o regañar a un niño, pero que siempre era obedecida al instante en Tara, donde las fanfarronadas y el griterío de su esposo se ignoraban en silencio.

Desde que Scarlett tenía uso de razón, su madre siempre había sido la misma: su voz dulce y suave tanto en el elogio como en el reproche, su actitud eficiente e imperturbable a pesar de las urgencias diarias surgidas en el turbulento hogar de Gerald, su ánimo siempre sereno y su moral intacta, incluso ante la muerte de sus tres hijitos. Scarlett nunca había visto la espalda de su madre rozar el respaldo de cualquier silla que ocupase. Tampoco la había visto sentarse sin alguna labor de aguja entre las manos, salvo a las horas de las comidas, cuando cuidaba de algún enfermo o mientras se ocupaba de la contabilidad de la plantación. Si tenían compañía, se trataba de algún bordado delicado; si no, se enfrascaba en las camisas con chorreras de Gerald, los vestidos de las chicas o las prendas de los esclavos. Scarlett no imaginaba las manos de su madre sin

su dedal de oro ni su figura susurrante sin la compañía de la negrita cuya única función en la vida era retirar los hilvanes y llevar el costurero de palo de rosa de habitación en habitación, mientras Ellen se movía por toda la casa para supervisar la cocina, la limpieza y la confección de la ropa para la plantación al completo.

Nunca había visto a su madre desprenderse de su austera placidez y sus reuniones personales siempre eran perfectas, sin importar a qué hora del día o la noche tuviesen lugar. Cuando Ellen se vestía para un baile, para recibir visitas o incluso para un día de audiencia en los tribunales, lo normal era que necesitase dos horas, dos doncellas y a Mammy a fin de que el resultado la dejase satisfecha, pero sus acicalamientos rápidos en momentos de crisis eran impresionantes.

Scarlett, cuyo dormitorio quedaba frente al de su madre, desde muy pequeña conocía el correteo apresurado de los pies descalzos de los negros sobre el suelo de madera noble al amanecer, las llamadas urgentes a la puerta de su madre y las voces asustadas y amortiguadas de los negros que hablaban de enfermedades, nacimientos y muertes en la larga hilera de galpones encalados de los esclavos. De niña solía deslizarse con sigilo hasta la puerta, la entreabría mínimamente y veía salir a Ellen de la oscura habitación, donde los ronquidos de Gerald se oían rítmicos y despreocupados, a la luz parpadeante de una vela, con su botiquín bajo el brazo, el cabello bien peinado y en su sitio y ni un solo botón del corpiño sin abrochar.

A Scarlett siempre la había tranquilizado oír a su madre susurrar, con firmeza y compasiva a la vez, mientras avanzaba de puntillas: «Silencio, no hables tan alto. Despertarás al señor O'Hara. No están tan enfermos como para morir».

Sí, era bueno volver a la cama sabiendo que Ellen había salido en plena noche y todo iba bien.

Por la mañana, tras toda una noche ocupándose de un parto o de un moribundo, cuando tanto el doctor Fontaine padre como el doctor Fontaine hijo habían salido a realizar alguna visita, no estaban localizables y no habían podido ayudarla, Ellen presidía la mesa del desayuno como siempre, con los ojos oscuros rodeados de fatiga, pero sin que ni su voz ni su actitud revelasen la más mínima tensión. Bajo su imponente dulzura había una dureza que impresionaba tanto a Gerald como a las niñas, aunque él se habría muerto antes de admitirlo.

A veces de noche, cuando Scarlett se ponía de puntillas para besar la mejilla de su madre, observaba aquella boca de labio superior escueto y delicado, una boca a la que el mundo hería con demasiada facilidad, y se preguntaba si alguna vez se habría curvado entre risitas tontas e infantiles o habría susurrado secretos durante la noche a sus amigas íntimas. Aunque no, eso no era posible. Su madre siempre había sido lo que era: fuerte como una roca, una fuente de sabiduría, la única persona que conocía todas las respuestas.

Pero Scarlett se equivocaba, porque en el pasado Ellen Robillard de Savannah se había reído de forma tan inexplicable como cualquier chica de quince años de aquella encantadora ciudad costera y pasado las noches susurrando con sus amigas, intercambiando confidencias, contando todos sus secretos salvo uno. Eso ocurrió el año en el que Gerald O'Hara, veintiocho años mayor que ella, llegó a su vida y también el año en que la juventud y Philippe Robillard, su primo de ojos negros, la abandonaron para siempre. Porque cuando Philippe, con su elegante mirada y sus costumbres desenfundadas, se fue de Savannah para no volver, se llevó con él toda la felicidad que albergaba el corazón de Ellen y solo dejó una delicada coraza para el irlandés bajito y estevado que se casó con ella.

Aunque a Gerald le bastaba con eso y se sentía abrumado por la increíble suerte de haber logrado desposarla. Si algo le faltaba a Ellen, él no se había dado cuenta. Era inteligente y sabía que no podía ser más que un milagro que él, un irlandés sin familia y sin riqueza que lo recomendasen,

pudiese conquistar a la hija de una de las familias más orgullosas y acaudaladas de la costa. Porque Gerald había sido el único artífice de su éxito.

Gerald había llegado a América desde Irlanda a los veintiún años. Lo hizo de forma precipitada, como muchos irlandeses mejores y peores que él lo habían hecho antes o lo harían después, con la ropa puesta, dos chelines además del dinero de la travesía y un precio a su cabeza que parecía mayor de lo justificado por su fechoría. No existía un orangista a este lado del infierno que no valiese cien libras para el Gobierno británico o para el mismo demonio; pero si el Gobierno se tomaba tan a pecho la muerte del cobrador de las rentas de un propietario absentista inglés, había llegado la hora de que Gerald O'Hara se marchase y, además, sin perder tiempo. Ciertamente, le había dicho al cobrador que era un «cabrón orangista», pero, a entender de Gerald, eso no le daba derecho al hombre a insultarlo silbando los primeros acordes de «El agua del Boyne».

La batalla del Boyne se había luchado más de cien años antes pero, para los O'Hara y sus vecinos, podía haber acontecido el día anterior, cuando sus esperanzas, sus sueños, además de sus tierras y riquezas, se habían evaporado en la misma nube de polvo que envolvió al asustado príncipe Estuardo en su huida, dejando a Guillermo de Orange y a sus odiadas tropas, con sus escarapelas naranjas, ocupados en reducir el número de adeptos irlandeses de los Estuardo.

Por este y otros motivos, la familia de Gerald no estaba dispuesta a considerar como algo serio el fatal resultado de su discusión, salvo por sus graves consecuencias. Durante años los O'Hara se habían llevado mal con el cuerpo de policía inglés debido a las sospechas de actividades contra el Gobierno y Gerald no fue el primer O'Hara en tener que irse de Irlanda entre el alba y el día. Casi no se acordaba de James y Andrew, sus dos hermanos mayores, salvo porque eran dos jóvenes callados que iban y venían a extrañas horas de la noche para hacer misteriosos recados o que desaparecían durante varias semanas, lo que provocaba en su madre una ansiedad persistente. Habían llegado a América años antes que él, después de que se descubriera un pequeño arsenal de rifles enterrados bajo la pocilga de los O'Hara. Ahora eran comerciantes de éxito en Savannah, aunque solo Dios podía saber dónde estaba eso, según comentaba su madre siempre que alguien mencionaba a sus dos hijos varones mayores. A Gerald lo enviaron con ellos.

Salió de casa con el beso apresurado de su madre en la mejilla y su ferviente bendición católica en los oídos, y con la advertencia paterna: «Recuerda quién eres y no le quites nada a nadie». Sus cinco hermanos, todos altos, lo despidieron con sonrisas de admiración, aunque ligeramente condescendientes, porque Gerald era el más joven y el más pequeño de una familia musculosa.

Sus cinco hermanos y su padre medían de un metro con ochenta y tres centímetros en adelante, y su anchura iba en proporción, pero el pequeño Gerald sabía, a los veintiún años, que el Señor, en su sabiduría, no iba a concederle más de un metro sesenta y cinco. Era propio de Gerald no perder el tiempo quejándose por su falta de estatura y eso nunca le impidió conseguir aquello que quería. Más bien, la pequeñez compacta de Gerald fue la que lo convirtió en lo que era, porque enseguida aprendió que la gente bajita debía ser resistente para sobrevivir entre otros más grandes. Y Gerald era resistente.

Sus hermanos formaban un grupo serio y callado, y en ellos la tradición familiar de las glorias pasadas, perdidas para siempre, provocaba un odio tácito y daba paso a un humor amargo. Si Gerald hubiese sido musculoso, habría seguido el camino de los otros O'Hara y habría maniobrado con discreción y gesto amenazante entre quienes se rebelaban contra el Gobierno. Pero Gerald era «un bocazas y un cabezota», como decía su madre con cariño, su temperamento lo hacía saltar a la mínima, era rápido con los puños y tenía un complejo tan evidente que casi resultaba visible a



Gerald y Ellen O'Hara

ojos de cualquiera. Se pavoneaba entre los O'Hara altos como un gallo enano en un corral lleno de gallos gigantes y todos lo apreciaban, lo hostigaban con cariño para oírlo vociferar y le daban con sus enormes puños solo lo necesario para obligar a un hermano pequeño a mantenerse en su lugar.

A pesar de que las dotes educativas con las que Gerald llegó a América eran escasas, él no fue consciente de ello. Aunque tampoco le habría importado si se lo hubieran dicho. Su madre le había enseñado a leer y a escribir con buena letra. Era hábil con los números. Hasta ahí llegaba su formación. El único latín que sabía eran los responsorios de la misa y de historia conocía los múltiples agravios infligidos a Irlanda. De poesía solo había oído los versos de Moore y, de música, las canciones de Irlanda transmitidas a lo largo de los años. Aunque mostraba el mayor de los respetos por aquellos mejor formados que él, nunca sintió que le faltara algo. ¿Qué necesidad tenía de esas cosas en un país donde los irlandeses más igno-

rantes habían hecho grandes fortunas, en un país que solo pedía que un hombre fuese fuerte y no le asustara trabajar?

Tampoco James y Andrew, que lo acogieron en su tienda de Savannah, lamentaron su falta de formación. Su buena letra, su dominio de los números y su habilidad para negociar se ganaron el respeto de ambos, mientras que, si el joven Gerald hubiese tenido conocimientos de literatura y oído para la música, solo habría logrado provocar en ellos resoplidos de desprecio. Durante los primeros años del siglo, América había sido amable con los irlandeses. James y Andrew, que habían empezado transportando mercancías en carretas desde Savannah a las poblaciones del interior de Georgia, prosperaron hasta tener una tienda propia y Gerald prosperó con ellos.

Le gustaba el Sur y, según su propia opinión, enseguida se convirtió en un sureño. Había muchas cosas del Sur y de los sureños que nunca comprendería, pero con su carácter entusiasta adoptó como propias, según él las entendía, sus ideas y costumbres: el póquer y las carreras de caballos, la política candente y el código de los duelos, los Derechos de los Estados y la condena a los yanquis, la esclavitud y la soberanía del algodón, el desprecio por la basura blanca y una exagerada cortesía hacia las mujeres. Incluso aprendió a mascar tabaco. No necesitaba aprender a beber y aguantar la ingesta de *whisky* porque ya había nacido con ese don.

Sin embargo, Gerald continuó siendo Gerald. Sus costumbres y sus ideas cambiaron, pero no quiso cambiar su actitud, aunque hubiese podido hacerlo. Admiraba el elegante acento de los acaudalados plantadores de arroz y algodón que llegaban a Savannah, desde sus reinos llenos de musgo, montados en caballos purasangre y seguidos por los carruajes de sus damas, igualmente elegantes, y las carretas de sus esclavos. Pero Gerald nunca pudo lograr esa elegancia. Le encantaba oír sus voces indolentes y poco nítidas, pero no conseguía librarse de su brusco acento irlandés. Le gustaba el estilo despreocupado con el que trataban asuntos de importancia, como arriesgar una fortuna, una plantación o un esclavo a una sola carta, y con el que aceptaban sus pérdidas de buen humor, indiferentes, sin darle más importancia que cuando repartían unos centavos entre los negritos. Pero Gerald había conocido la pobreza y no era capaz de aprender a perder dinero de buen humor o con elegancia. Los georgianos de la costa eran agradables, con sus voces suaves, sus rápidos arrebatos de ira y sus encantadoras incongruencias, y Gerald los apreciaba. Sin embargo, el joven irlandés albergaba una vitalidad brusca e inquieta, procedente de un país donde el viento soplaba frío y húmedo y donde los neblinosos pantanos no provocaban fiebres, que lo diferenciaba de esas gentes indolentes de buena familia que vivían rodeadas de un clima tropical y ciénagas en las que abundaba la malaria.

De ellos aprendió lo que le pareció provechoso y descartó el resto. Descubrió que el póquer era la más útil de todas las costumbres sureñas, el póquer y una buena cabeza para el *whisky*. Fue su don natural para las cartas y el licor ambarino lo que proporcionó a Gerald dos de sus más preciadas posesiones: su ayuda de cámara y su plantación. La otra era su mujer, y eso solo podía atribuírselo a la misteriosa bondad de Dios.

El ayuda de cámara, un negro lustroso llamado Pork, señorial y adiestrado en todas las artes de la elegancia en el vestir, fue resultado de una noche de póquer con un plantador de St. Simon's Island cuyo valor al ir de farol igualaba al de Gerald, aunque no así su capacidad de aguantar el ron de Nueva Orleans. Aunque el exdueño de Pork se ofreció después a comprárselo por el doble de su precio, Gerald se negó con terquedad, porque la posesión de su primer esclavo, que además era «el mejor condenado ayuda de cámara de la costa», fue el primer peldaño hacia la consecución de su deseo. Gerald quería ser dueño de esclavos y caballero terrateniente.

Decidió que no iba a pasar todos sus días regateando, como James y Andrew, ni todas sus noches repasando largas columnas de cifras a la luz de una vela. Le afectaba profundamente el estigma social que arrastraban quienes se dedicaban al comercio, cosa que no ocurría con sus hermanos. Gerald quería ser plantador. Con esa hambre profunda del irlandés que ha sido arrendatario de unas tierras antes propiedad de los suyos, quería ver sus propios acres verdecer ante sus ojos. Con inquebrantable determinación, deseaba tener su propia casa, su propia plantación, sus propios caballos, sus propios esclavos. Y allí, en aquel país nuevo, a salvo de los dos peligros que asolaban la tierra abandonada —unos impuestos que consumían las cosechas y la amenaza siempre presente de una confiscación repentina—, estaba decidido a conseguirlos. Pero con el tiempo descubrió que tener esa ambición y lograr hacerla realidad eran dos cosas muy distintas. La costa de Georgia estaba en manos de una aristocracia arraigada que la retenía con fuerza y le impedía ocupar el lugar que tanto deseaba.

Entonces la mano del destino y una mano de póquer se combinaron para darle la plantación que luego llamaría Tara, lo que lo llevaría a abandonar la costa y dirigirse al interior del norte de Georgia.

Una cálida noche de primavera, en una taberna de Savannah, la conversación fortuita de un desconocido hizo que Gerald prestase atención. El forastero, nativo de Savannah, acababa de regresar tras pasar doce años en el interior. Había sido uno de los afortunados en el sorteo de tie-

rras celebrado por el Estado para dividir la inmensa zona central de Georgia, cedida por los indios el año anterior a la llegada de Gerald al país. Emigró y fundó una plantación, pero la casa había ardido hasta los cimientos, estaba harto del «maldito lugar» y deseaba librarse de él.

Gerald, siempre dominado por la idea de hacerse con una plantación, logró que se lo presentaran y su interés aumentó cuando el desconocido le dijo que la zona norte del estado se estaba llenando de gente que llegaba de las dos Carolinas y de Virginia. Gerald había vivido en Savannah el tiempo suficiente para compartir la opinión de los costeños: que en el resto del estado solo había bosques y los indios acechaban en los matorrales. Debido a su trabajo para los hermanos O'Hara había visitado Augusta, situada a cien millas cauce arriba del río Savannah, y había viajado hacia el interior y llegado a las poblaciones asentadas al oeste de dicha ciudad. Sabía que esa zona estaba tan bien colonizada como la costa, pero según la descripción del desconocido, su plantación se hallaba a más de doscientas cincuenta millas de Savannah, hacia el interior y el noroeste, a no muchas millas al sur del río Chattahoochee. Gerald sabía que al norte de ese cauce la tierra seguía en manos de los che-roquis, por lo que se sorprendió al oír que el forastero se tomaba a broma los posibles problemas con los indios y contaba lo mucho que crecían las ciudades y prosperaban las plantaciones de la zona.

Una hora más tarde, cuando la conversación empezó a decaer, Gerald, con una astucia que contradecía la inocencia de sus luminosos ojos azules, propuso jugar una partida. Según fue transcurriendo la noche y circulando el alcohol, los demás renunciaron al juego y llegó un momento en que Gerald y el desconocido se quedaron solos. El forastero apostó todas sus fichas y añadió la escritura de su plantación. Gerald apostó las suyas y sobre ellas depositó su cartera. El dinero que contenía era de la empresa de los hermanos O'Hara, pero la conciencia de Gerald no consideró necesario confesarlo antes de la misa de la mañana siguiente. Sabía lo que quería y cuando Gerald quería algo lo conseguía siguiendo la ruta más directa. Además, tenía fe en su destino y cuatro doses, por lo que ni un solo minuto pensó en cómo iba a devolver el dinero si su oponente mostraba una mano superior a la suya.

—No se lleva usted ninguna ganga y yo me alegro de no tener que seguir pagando impuestos por la propiedad —suspiró el poseedor de un full de ases mientras pedía pluma y tinta—. La casa grande ardió hace un año y los campos están llenos de maleza y plantones de pino. Pero es suya.

Esa misma noche, cuando Pork lo ayudaba a acostarse, Gerald le dijo, muy serio: «No se deben mezclar las cartas y el *whisky* a menos que te hayan destetado con *whisky* ilegal irlandés». Y el ayuda de cámara, que había empezado a hablar con acento irlandés debido a la admiración que sentía por su nuevo amo, contestó con una mezcla de acento sureño y del condado de Meath que habría sorprendido a cualquiera, salvo a ellos dos.

El turbio río Flint, que corría en silencio entre muros de pinos y robles negros cubiertos de enredaderas, envolvía las nuevas tierras de Gerald como un brazo curvo y las abarcaba por dos de sus lados. Para Gerald, de pie en la pequeña loma donde había estado la casa, esa elevada barrera de vegetación constituía una prueba de su propiedad tan visible y agradable como si fuese una valla que él mismo hubiese levantado para marcar sus límites. Desde los cimientos renegridos del edificio quemado miró hacia el largo paseo de árboles que llevaba a la carretera y juró con ganas y una alegría demasiado profunda para inspirar una oración de agradecimiento. Esas hileras gemelas de árboles sombríos eran suyas, al igual que el césped abandonado, lleno de unas malas hierbas que crecían bajo unas magnolias jóvenes cuajadas de flores blancas. Los campos sin cultivar, cubiertos de maleza y pinos diminutos, que extendían su superficie ondulante de tierra roja en las cuatro direcciones, también pertenecían a Gerald O'Hara: y era así porque tenía la capacidad irlandesa de soportar la bebida y el valor de jugárselo todo a las cartas.

Gerald cerró los ojos y, en medio de la quietud de aquellos acres abandonados, sintió que había llegado al hogar. Allí, bajo sus pies, levantaría una casa de ladrillo encalado. Al otro lado de la carretera estarían las vallas nuevas, que protegerían al ganado y los caballos purasangre, y la tierra roja que descendía colina abajo hasta la fértil ribera se teñiría de un blanco como el de los plumones al sol, porque estaría cubierta de algodón, jaces y más acres de algodón! La fortuna volvería a sonreír a los O'Hara.

Con su pequeño capital, lo que logró que le prestaran sus poco entusiastas hermanos y una buena suma tras haber hipotecado la tierra, Gerald compró sus primeros braceros y llegó a Tara para vivir en la soledad del soltero, en la casa de cuatro habitaciones del capataz, hasta que se alzasen los blancos muros de Tara.

Despejó los campos, plantó algodón y pidió más dinero prestado a James y Andrew para comprar más esclavos. Los O'Hara estaban dominados por un fuerte sentimiento de tribu y se aferraban los unos a los otros tanto en la prosperidad como en la adversidad, pero no por un desmedido amor a la familia, sino porque en los años malos habían aprendido que para sobrevivir una familia debe enfrentarse al mundo unida. Prestaron el dinero a Gerald y, en los años siguientes, lo fueron recuperando con intereses. La plantación fue creciendo poco a poco según Gerald iba comprando más acres próximos a sus tierras y, con el tiempo, el edificio blanco se convirtió en una realidad y dejó de ser un sueño.

Lo construyeron los esclavos y era un edificio mal hecho y desgarrado; coronaba la loma de tierra que daba a la verde pendiente de pastos que descendían en dirección al río. A Gerald le gustaba mucho porque, a pesar de ser nuevo, tenía ese aspecto añejo que dan los años. Los viejos robles, que habían visto pasar indios bajo sus hojas, abrazaban la casa con sus grandes troncos y alzaban sus ramas por encima del tejado, proyectando su sombra sobre ella. El césped, ya sin malas hierbas, crecía denso de tréboles y grama, y Gerald se ocupaba de que estuviese bien cuidado. Desde el paseo de los cedros hasta la hilera de galpones blancos en los que vivían los esclavos, en toda Tara había un aire de solidez, estabilidad y permanencia, y cuando Gerald describía la curva de la carretera al galope y veía su propio tejado asomar entre las verdes ramas se le henchía el corazón de orgullo como si fuera la primera vez que lo contemplaba.

Todo lo había hecho él; el pequeño Gerald, tozudo y fanfarrón.

Gerald se llevaba de maravilla con todos sus vecinos del condado, salvo con los MacIntosh, cuyas tierras lindaban con las suyas a la izquierda, y con los Slattery, cuyos escasos tres acres se extendían a la derecha, a lo largo de la ribera pantanosa, entre el río y la plantación de John Wilkes.

Los MacIntosh eran de Irlanda del Norte y orangistas y, aunque hubiesen poseído todas las santísimas cualidades del calendario católico, esa ascendencia los habría condenado para siempre a ojos de Gerald. Ciertamente, hacía setenta años que vivían en Georgia y antes habían pasado una generación entera en Carolina, pero el primero de la familia que pisó suelo americano procedía del Úlster y a Gerald le bastaba con eso.

Eran una familia reservada y altiva cuyos miembros solo se trataban entre ellos y se casaban con sus parientes de Carolina, y Gerald no era el único al que disgustaban, porque la gente del condado era sociable y amable con los vecinos y no toleraba demasiado bien a nadie que careciera de esas mismas cualidades. Los rumores sobre sus simpatías abolicionistas no acrecentaban la popularidad de los MacIntosh. El bueno de Angus no había manumitido ni a un solo esclavo y había cometido el imperdonable error social de vender algunos de sus negros a los tratantes de esclavos itinerantes que iban camino de los cañamelares de Luisiana, pero los rumores persistían.





—No hay duda de que es abolicionista —le había dicho Gerald a John Wilkes—. Pero, en un orangista, cuando un principio tropieza con la rigurosidad de sus antepasados, el principio sale perdiendo.

Los Slattery eran harina de otro costal. Al ser blancos pobres, ni siquiera se les guardaba el reticente respeto que la severa independencia de Angus MacIntosh lograba recibir de las familias vecinas. Slattery, que se aferraba con insistencia a sus pocos acres a pesar de las repetidas ofertas de Gerald y John Wilkes, era un holgazán y un quejica. Su mujer llevaba el pelo siempre enmarañado, tenía aspecto extenuado y enfermizo y había dado a luz una camada de niños huraños y conejiles, camada que aumentaba todos los años. Tom Slattery no tenía esclavos y él y sus dos chicos mayores trabajaban de forma intermitente sus pocos acres de algodón, mientras que la mujer y los hijos más pequeños se ocupaban de lo que se suponía debía ser un huerto. Pero el algodón siempre fallaba y el huerto, debido a la constante maternidad de la señora Slattery, casi nunca producía suficiente para alimentar a sus criaturas.

La imagen de Tom Slattery perdiendo el tiempo en los porches de sus vecinos, pidiendo semillas de algodón para plantar o una loncha de tocino para «sacarlo del apuro», era de lo más familiar. Slattery odiaba a sus vecinos con la poca energía que tenía porque detectaba desprecio bajo sus modales corteses, pero en especial odiaba a los «arrogantes negros de los ricos». Los negros domésticos del condado se consideraban superiores a la basura blanca y su evidente desprecio lo molestaba, mientras que su posición en la vida, más segura que la suya, despertaba su envidia. En contraste con su miserable existencia, ellos estaban bien alimentados, bien vestidos y bien cuidados en la enfermedad y la vejez. Se enorgullecían de la buena fama de sus propietarios y, en su mayor parte, también de pertenecer a gente con clase, mientras que a él lo despreciaban.

Tom Slattery podía haber vendido su granja por el triple de su valor a cualquiera de los plan-tadores del condado. Lo habrían considerado un dinero bien invertido para librar a la comunidad de aquel pelele, pero él se contentaba con quedarse y subsistir malamente de las ganancias producidas por una paca de algodón al año y de la caridad de sus vecinos.

Con el resto del condado Gerald mantenía una relación de amistad e incluso cierto grado de intimidad. Los Wilkes, los Calvert, los Tarleton, los Fontaine, todos sonreían cuando la pequeña figura sobre un enorme caballo blanco recorría galopando sus caminos de acceso; sonreían y señalaban los vasos altos en los que se había vertido una copita de *bourbon* sobre una cucharada de azúcar y una ramita de menta machacada. Gerald era simpático y los vecinos aprendieron con el tiempo lo que los niños, los negros y los perros descubrieron nada más verlo: que tras su forma de vociferar y su actitud agresiva se ocultaban un buen corazón, un oído comprensivo y dispuesto a escuchar y una cartera siempre abierta.

Sus llegadas se producían en medio de un alboroto de perros ladrando y de negritos chillando mientras corrían para llegar antes que él, peleándose por el privilegio de sujetar su caballo y escabullirse sonriendo bajo sus bondadosos insultos. Los niños blancos pedían a gritos que los sentara en sus rodillas y los hiciera trotar al tiempo que denunciaba ante sus mayores la infamia de los políticos yanquis. Las hijas de sus amigos le hacían confidencias relativas a sus asuntos amorosos, y los jóvenes de la zona, temerosos de confesar deudas de honor ante sus padres, encontraban en él un amigo cuando más lo necesitaban.

—Así que hace un mes que estás en deuda, bribón —gritaba—. Por el amor de Dios, ¿cómo no me has pedido antes el dinero?

Su dureza al hablar era de sobra conocida, por lo que nadie se ofendía, y los jóvenes sonreían avergonzados y contestaban:

—Verá, señor, no deseaba molestarle, y mi padre...

—Tu padre es un buen hombre, eso no hay quien lo niegue, pero es estricto. Así que toma esto y no se hable más del asunto.

Las esposas de los plantadores fueron las últimas en capitular. Pero, cuando la señora Wilkes, «una gran dama con un extraño don para el silencio», como Gerald la describía, le dijo a su marido una tarde, después de que el caballo de Gerald se alejara por el camino de acceso: «Es muy mal hablado, pero es un caballero», Gerald triunfó sin cortapisas.

No sabía que había tardado casi diez años en triunfar, porque nunca se le había ocurrido pensar que al principio sus vecinos lo miraban con recelo. Él nunca había tenido dudas, desde el momento en que puso el pie en Tara, de que aquel era su hogar y el lugar en el que debía estar.

Cuando Gerald tenía cuarenta y tres años y era tan robusto de cuerpo y colorado de rostro que parecía un terrateniente sacado de un grabado de cacería, comprendió que Tara, por mucho que la quisiera, y la gente del condado, con sus generosos corazones y sus casas siempre abiertas, no bastaban. Quería una esposa.

Tara pedía a gritos una dueña. La gorda cocinera, una negra de corral ascendida por necesidad a la cocina, nunca preparaba las comidas a su hora y la sirvienta, que había sido bracería, permitía que el polvo se acumulase sobre los muebles y no lograba tener ropa blanca limpia, de modo que la llegada de algún invitado siempre provocaba mucha confusión y escandalera. Pork, el único negro doméstico preparado del lugar, se ocupaba de la supervisión general de los demás criados, pero tras varios años de exposición al estilo de vida despreocupado de Gerald incluso él se había vuelto dejado y descuidado. En su calidad de ayuda de cámara mantenía en orden el dormitorio de Gerald y, como mayordomo, servía las comidas con dignidad y estilo, pero en lo demás permitía que las cosas siguieran su propio curso.

Con su infalible instinto africano los negros habían descubierto que Gerald ladraba mucho pero mordía poco, o nada, y se aprovechaban de él con el mayor descaro. En el aire siempre flotaban amenazas de vender esclavos al sur y de propinarles terribles palizas, pero en Tara nunca se vendió un esclavo y solo se azotó a uno, y fue por no cepillar al caballo preferido de Gerald tras un largo día de caza.

Los agudos ojos azules de Gerald se fijaron en la eficiencia con la que estaban gobernadas las casas de sus vecinos y en la facilidad con la que sus esposas de cabello suave y faldas susurrantes manejaban a sus criados. No tenía ni idea de las actividades que esas mujeres desempeñaban desde el amanecer hasta la media noche, encadenadas a supervisar las comidas, el cuidado de los niños, la costura y la lavandería. Solo veía los resultados, que lo tenían impresionado.

La urgente necesidad de una esposa le quedó muy clara una mañana, cuando se vestía para desplazarse a la ciudad a fin de asistir al día de audiencia en los tribunales. Pork le llevó su camisa de chorreras favorita, pero la criada la había arreglado con tanta torpeza que nadie, salvo su ayuda de cámara, podría ponérsela.

—Don Gerald —dijo Pork, remangándose encantado la camisa mientras Gerald echaba chispas—, lo que necesita es una mujer y una que tenga muchos negros domésticos.

Gerald recriminó a Pork su impertinencia, pero sabía que estaba en lo cierto. Quería una esposa y tener hijos y, si no lo conseguía pronto, sería demasiado tarde. Pero no pensaba casarse con cualquiera, como había hecho el señor Calvert, que había desposado a la institutriz yanqui de sus hijos huérfanos de madre. Su mujer tenía que ser una dama, de muy buena familia, con tanta afectación como la señora Wilkes y capaz de gobernar Tara tan bien como la señora Wilkes mantenía el orden en sus dominios.

Pero había dos dificultades para emparentar con las grandes familias del condado. La primera era la escasez de jóvenes casaderas. La segunda y más importante: que Gerald era «nuevo», a pesar de sus casi diez años de residencia en la zona, y forastero. Nadie sabía nada acerca de su familia. Aunque la sociedad de la Georgia del interior no era tan inexpugnable como los aristócratas de la costa, ninguna familia quería que una de sus hijas se casara con un hombre sobre cuyo abuelo nada se sabía.

Gerald era consciente de que a pesar del sincero aprecio que por él sentían los hombres del condado con los que cazaba, bebía y hablaba de política no existía casi ninguno con cuya hija pudiera casarse. Y no tenía intención de que en todas las mesas se comentase que este padre, aquel o el de más allá se había negado, con gran pesar, a que Gerald cortejase a su hija. Esa certeza no hacía que Gerald se sintiese inferior a sus vecinos. Nada podría lograr que Gerald se sintiera inferior a nadie en nada. No era más que una anticuada costumbre del país que las hijas del condado se casaran solo con miembros de otras familias que llevasen mucho más de veintidós años viviendo en el Sur y que durante ese tiempo poseyeran tierras y esclavos y hubiesen sido adictos solo a los vicios de moda.

—Haz el equipaje. Nos vamos a Savannah —le dijo a Pork—. Y si te oigo decir, aunque sea una sola vez: «¡No me diga!» o «¡Hay que tener fe!», te vendo, te lo juro, porque son expresiones que yo casi nunca uso.

James y Andrew podrían aconsejarle en ese asunto del matrimonio y alguno de sus viejos amigos podría tener hijas que cumpliesen con sus requisitos y que lo encontrasen aceptable como marido. James y Andrew lo escucharon con paciencia, pero le dieron pocos ánimos. No tenían parientes en Savannah a los que pedir ayuda porque ya estaban casados cuando emigraron al país. Y las hijas de sus viejos amigos hacía tiempo que estaban casadas y ya criaban a sus propios hijos.

—No eres rico y no tienes una familia importante —dijo James.

—He hecho fortuna y también puedo fundar una familia importante. No me casaré con cualquiera.

—Vuelas alto —comentó Andrew en tono seco.

Pero hicieron cuanto pudieron por Gerald. James y Andrew eran mayores y les iba bien en Savannah. Tenían muchos amigos y durante un mes llevaron a Gerald de casa en casa, a cenas, bailes y excursiones.

—Solo hay una que me atrae —dijo Gerald, al fin—. Pero no había nacido cuando llegué al país.

—¿Y quién es?

—La señorita Ellen Robillard —contestó Gerald, intentando parecer poco interesado porque los ojos oscuros y ligeramente almendrados de Ellen Robillard habían hecho algo más que atraerlo. A pesar de su actitud, desconcertantemente apática, tan extraña en una chica de quince años, lo había encandilado. Además, tenía un fascinante gesto de desesperación que le había llegado al alma y que lo hacía tratarla con una ternura que no había empleado antes con nadie.

—¡Pero si tienes edad para ser su padre!

—¡Estoy hecho un chaval! —exclamó Gerald, molesto.

James habló con calma:

—Jerry, no hay joven en Savannah con la que tengas menos posibilidades de casarte. Su padre es un Robillard, y esos franceses son unos orgullosos del demonio. Y su madre, que Dios la tenga en su gloria, era una gran dama.

—Me da igual —dijo Gerald, indignado—. Además, su madre ha muerto y Robillard me aprecia.

—Como hombre, sí, como yerno, no.

—Y la chica no te aceptará —intervino Andrew—. Ya hace un año que está enamorada de ese desenfrenado que tiene por primo, Philippe Robillard, a pesar de que su familia no para de insistir para que se olvide de él.

—Este mismo mes se ha ido a Luisiana —dijo Gerald.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé —contestó Gerald, que no quería confesar que Pork le había proporcionado tan valiosa información ni que Philippe había partido hacia el Oeste por expreso deseo de su familia—. Y no creo que haya estado tan enamorada de él como para no olvidarlo. Quince años son muy pocos para saber tanto del amor.

—Preferirán casarla con ese loco de su primo antes que contigo.

De modo que James y Andrew se quedaron tan sorprendidos como todo el mundo cuando se hizo pública la noticia de que la hija de Pierre Robillard se iba a casar con el pequeño irlandés del interior. Savannah murmuraba a puerta cerrada y especulaba sobre la reacción de Philippe Robillard, que se había ido al Oeste, pero los cotilleos no obtuvieron respuesta. Por qué la más encantadora de las jóvenes Robillard se casaba con un hombrecillo voceras y colorado que casi no le llegaba a las orejas siguió siendo un misterio para todos.

Ni el propio Gerald entendió jamás cómo lo había conseguido. Solo sabía que aquello era un milagro. Por una vez en su vida, se mostró de lo más humilde cuando Ellen, muy pálida pero muy tranquila, posó su leve mano en el brazo de él y le dijo: «Me casaré con usted, señor O'Hara».

Los atónitos Robillard sabían en parte la respuesta a tal incógnita, pero solo Ellen y su niñera conocían toda la historia de la noche en la que la joven lloró hasta el alba como una niña con el corazón roto y se levantó por la mañana siendo una mujer que había tomado una decisión.

Llena de desasosiego, Mammy le había llevado a su joven señora un pequeño paquete, enviado desde Nueva Orleans, con las señas escritas en una letra desconocida. Un paquete que contenía una miniatura de Ellen, que ella arrojó al suelo al tiempo que dejaba escapar un grito, cuatro cartas escritas por ella a Philippe Robillard y una breve misiva de un sacerdote de Nueva Orleans en la que anunciaba la muerte de su primo en una reyerta de taberna.

—Ellos lo obligaron a irse, padre, Pauline y Eulalie. Ellos lo echaron de aquí. Los odio. Los odio a todos. No quiero volver a verlos. Quiero irme. Me iré adonde no vuelva a verlos, ni a esta ciudad ni a nadie que me recuerde a... a... a él.

Y cuando la noche casi había llegado a su fin, Mammy, que había llorado sobre la morena cabeza de su señorita, protestó:

—Pero, hija mía, ¿no puede hacer eso!

—Lo haré. Es un hombre amable. Lo haré o me iré a Charleston, al convento.

Fue la amenaza del convento lo que logró el consentimiento del desconcertado y descorazonado Pierre Robillard. Era un firme presbiteriano, a pesar de que su familia era católica, y la idea de que su hija se hiciese monja le parecía incluso peor que la de que se casara con Gerald O'Hara. A fin de cuentas, aquel hombre no tenía nada en su contra, salvo que carecía de familia.

Así que Ellen, que ya no se apellidaba Robillard, le dio la espalda a Savannah para nunca más volver y, con un marido de mediana edad, Mammy y veinte negros domésticos, puso rumbo a Tara.

Al año siguiente había nacido su primera hija, a la que llamaron Katie Scarlett por la madre de Gerald. Gerald se sintió decepcionado porque había querido un hijo, pero estaba lo bastante encantado con su hijita de cabello negro como para servir ron a todos los esclavos de Tara y para emborracharse ruidosa y felizmente.

Si Ellen se arrepintió alguna vez de su repentina decisión de casarse con él, nunca nadie lo supo, y menos Gerald, que casi reventaba de orgullo cada vez que la miraba. Ella había dejado atrás Savannah y todos sus recuerdos al abandonar esa ciudad costera de costumbres respetables y, desde el momento en que llegó al condado, el norte de Georgia se convirtió en su hogar.

Al partir del hogar paterno para siempre, había dejado una casa de líneas tan hermosas y fluidas como un cuerpo femenino, como un navío con todas las velas al viento. Era un edificio de estuco rosa pálido construido al estilo colonial francés, que se alzaba del suelo con delicadeza, al que se accedía por una escalinata en espiral, de barandillas de hierro forjado tan delicadas como el encaje. Una casa apagada y lujosa, elegante pero fría.

No solo había abandonado esa distinguida residencia, sino también toda la civilización que había llevado a construirla, y se había encontrado con un mundo tan extraño y distinto como si hubiese cruzado un continente entero.

El norte de Georgia era una zona complicada, gobernada por gente dura. En lo alto de la meseta, al pie de la cordillera Azul, dondequiera que mirara veía ondulantes colinas rojas, con enormes afloramientos de granito subyacente y pinos enjutos que se alzaban sombríos por todas partes. Todo resultaba agreste y asilvestrado a sus ojos costeños, acostumbrados a la belleza del tranquilo laberinto de islas cubiertas de musgo gris y vegetación enmarañada, a las blancas franjas de playa bajo un sol casi tropical, al llano horizonte de tierras arenosas tachonadas de palmeras.

En esa zona se sentía el frío del invierno, además del calor del verano, y la gente tenía una energía y un vigor que a ella le resultaban desconocidos. Eran personas amables, corteses, generosas, llenas de buenos sentimientos, pero también tenaces, viriles y fáciles de enfadar. La gente de la costa que ella había abandonado podía enorgullecerse de hablar de todos sus asuntos, incluso de sus duelos y disputas, con aire indiferente; pero en la gente del norte de Georgia había una vena de violencia. En la costa la vida se había sosegado, pero en el condado era joven, vigorosa y nueva.

Todos los conocidos de Ellen en Savannah estaban cortados por el mismo patrón y sus puntos de vista y tradiciones eran similares, pero allí había una gran variedad de personas. Los colonos del norte de Georgia llegaban desde lugares muy diferentes: otras zonas de Georgia, las dos Carolinas y Virginia, Europa y el Norte. Algunos, como Gerald, eran recién llegados que buscaban hacer fortuna. Otros, como Ellen, eran miembros de familias antiguas a los que la vida en sus hogares se les había vuelto intolerable y buscaban refugio en una tierra lejana. Muchos se habían mudado sin motivo alguno, salvo que por sus venas corría la sangre inquieta de unos antepasados pioneros.

Esas personas, surgidas de lugares diferentes y con distintos orígenes, aportaban a la vida del condado una informalidad que era nueva para Ellen, una informalidad a la que nunca se acostumbró por completo. Por instinto sabía cómo iba a reaccionar la gente de la costa ante cualquier circunstancia. Pero no tenía ni idea de lo que podrían hacer los georgianos del norte.

Lo que aceleraba todos los asuntos de la zona era el aluvión de prosperidad que barría el Sur. El mundo entero pedía algodón y la nueva tierra del condado, fértil y sin usar, lo producía en abundancia. El algodón era el latido de la zona: la siembra y la recogida su diástole y la sístole la tierra roja. De los surcos ondulados surgía la riqueza, que iba acompañada de arrogancia, una arrogancia basada en arbustos verdes y acres de un blanco algodónoso. Si el algodón podía hacerlos ricos en una sola generación, ¡cuánto más lo sería la siguiente!

Esa certeza futura aportaba emoción y entusiasmo a la vida, y la gente del condado disfrutaba con una pasión que Ellen nunca logró entender. Tenían dinero y esclavos de sobra, lo que les daba tiempo para jugar, y a ellos les gustaba jugar. Nunca parecían estar tan ocupados como para no

abandonar el trabajo y organizar una comida con pescado frito, ir de caza o celebrar una carrera de caballos, y rara vez transcurría una semana sin su barbacoa o su baile.

Ellen nunca quiso, o no pudo, convertirse en una más —en Savannah había dejado una buena parte de sí misma—, pero los respetaba y con el tiempo aprendió a admirar la franqueza y sinceridad de aquellas personas tan poco reservadas, que valoraban a un hombre por lo que era.

Se convirtió en la vecina más apreciada del condado. Era prudente y amable con el servicio, buena madre y esposa abnegada. El sufrimiento y la generosidad que habría dedicado a la Iglesia, los consagraba al cuidado de su hija, de su hogar y del hombre que la había alejado de Savannah y de sus recuerdos sin haber hecho jamás una sola pregunta.

Cuando Scarlett tenía un año y, en opinión de Mammy, era más sana y vigorosa de lo que convenía a una criatura, nació la segunda hija de Ellen, bautizada Susan Elinor, a la que todos llamaban Suellen, y en su momento llegó Carreen, incluida en la biblia familiar como Caroline Irene. Luego nacieron los tres niños, que fueron muriendo uno a uno antes de empezar a caminar. Tres niños que yacían a la sombra de los cedros de ramas retorcidas, en el cementerio situado a cien metros de la casa, bajo tres lápidas en las que se había esculpido: «Gerald O'Hara, hijo».

El lugar cambió por completo desde el día en que Ellen llegó a Tara. Aunque solo tenía quince años, estaba preparada para asumir las responsabilidades de la dueña de una plantación. Antes de casarse, las jóvenes debían ser, por encima de todo, dulces, discretas, hermosas y ornamentales, pero tras la boda se esperaba de ellas que manejaran hogares que albergaban cien personas o más, blancas y negras, y para eso se las educaba.

Ellen había recibido la formación para el matrimonio propia de toda jovencita bien criada y, además, contaba con Mammy, que era capaz de insuflar energía hasta al negro más holgazán. Enseguida puso orden en el hogar de Gerald, aparte de prestarle dignidad y elegancia, y le dio a Tara una belleza que nunca había tenido.

Habían construido la casa sin ningún tipo de plan arquitectónico y le habían ido añadiendo habitaciones donde y cuando resultase conveniente, pero, con el cuidado y la atención de Ellen, ganó un encanto que compensaba su falta de diseño. El paseo de cedros que llevaba desde la carretera principal a la casa —ese paseo de cedros sin el que la residencia de ningún dueño de plantación de Georgia podía estar completa—, aportaba una sombra fresca y oscura que, por contraste, daba un tono más alegre al verde de los otros árboles. La glicinia que caía sobre el porche resaltaba contra los muros encalados y se unía al tono rosa de las lilas del sur, situadas junto a la puerta, y a las magnolias de flores blancas del jardín en su esfuerzo por ocultar alguna de las torpes líneas del edificio.

En primavera y verano, la grama y los tréboles del césped se volvían de color esmeralda, de un verde tan intenso y atractivo que suponían una tentación irresistible para las bandadas de pavos y gansos domésticos que solo debían vagar por las zonas traseras de la casa. Los ejemplares más maduros continuamente intentaban colarse con sigilo en el jardín delantero, atraídos por el verde de la hierba y la deliciosa promesa de los brotes del jazmín del Cabo y los macizos de cinias. Para evitar sus estragos, en el porche delantero se apostaba un pequeño y negro centinela. Armado con una toalla raída, el negrito sentado en los escalones formaba parte de la imagen de Tara, aunque siempre parecía triste porque no se le permitía golpear a las aves, tan solo podía agitar la toalla ante ellas y espantarlas.

Ellen encargó esa tarea a decenas de negritos: era el primer puesto de responsabilidad que un esclavo tenía en Tara. Tras cumplir los diez años, los enviaban con el viejo Daddy, el zapatero de la plantación, para que aprendieran su oficio, o con Amos, el carretero y carpintero, o con Phi-

lip, el vaquero, o con Cuffee, el mulero. Si no mostraban aptitudes para ninguno de esos oficios, se convertían en braceros y, en opinión de los negros, habían perdido el derecho a cualquier posición social.

Ellen no tenía una vida fácil, ni feliz, pero nunca había esperado que la vida fuese fácil y, si no era feliz, ese era el destino de la mujer. El mundo pertenecía a los hombres y ella lo aceptaba así. El hombre poseía la propiedad y la mujer la dirigía. El hombre se llevaba el mérito de la dirección y la mujer alababa su inteligencia. El hombre bramaba como un toro cuando se clavaba una astilla en un dedo y la mujer amortiguaba los gemidos del parto para no molestarlo. Los hombres eran mal hablados y solían beber. Las mujeres ignoraban los deslices del habla y ayudaban a los borrachos a acostarse sin recriminarles su comportamiento. Los hombres eran groseros y directos; las mujeres siempre amables, refinadas e indulgentes.

A ella la habían educado en la tradición de las grandes damas, por lo que sabía soportar su carga sin perder su encanto, y tenía la intención de que sus tres hijas también fueran grandes damas. Con las más pequeñas tenía éxito, porque Suellen estaba tan ansiosa por resultar atractiva que prestaba atención a todas las enseñanzas de su madre, y Carreen era tímida y fácil de llevar. Pero a Scarlett, digna hija de Gerald, le costaba recorrer el camino que la llevaría a convertirse en una dama.

Para indignación de Mammy, sus compañeros de juegos preferidos no eran sus recatadas hermanas o las bien educadas niñas de los Wilkes, sino los negritos de la plantación y los chicos de los alrededores, y sabía subirse a un árbol y lanzar piedras tan bien como cualquiera de ellos. A Mammy la desconcertaba que la hija de Ellen mostrase semejantes atributos y solía suplicarle que se portara como una señorita. Pero el punto de vista de Ellen era más previsor y tolerante. Sabía que los compañeros de juegos acababan por convertirse en pretendientes y que el primer deber de una joven era casarse. Se dijo a sí misma que la niña simplemente estaba llena de vida y aún había tiempo para enseñarle el arte y la gracia de resultar atractiva a los hombres.

Con ese fin doblaron esfuerzos Ellen y Mammy, y cuando Scarlett creció se convirtió en buena alumna de esa asignatura, aunque poco más aprendió. A pesar de una serie de institutrices y de dos años en la cercana Academia Femenina de Fayetteville, su educación era básica, pero no había joven en el condado que bailase con más elegancia que ella. Sabía sonreír para que sus hoyuelos se marcaran, caminar con las puntas de los pies hacia dentro para que sus amplias faldas con miriñaque se balancearan de forma cautivadora, mirar a un hombre a la cara y luego bajar la mirada y pestañear con rapidez para que pareciera que temblaba de tierna emoción. Sobre todo, sabía ocultarles a los hombres la aguda inteligencia que escondía un rostro tan dulce e inocente como el de un bebé.

Ellen, advirtiéndola con suavidad, y Mammy, con sus quejas constantes, se esforzaban por inculcar en ella las cualidades que la harían verdaderamente atractiva como esposa.

—Tienes que ser más sutil, querida, más sosegada —le decía Ellen a su hija—. No debes interrumpir a los caballeros cuando hablan, aunque pienses que sabes más que ellos sobre el tema. A los caballeros no les gustan las jóvenes atrevidas.

—Las señoritas que se enfadan y se ponen mandonas y dicen: «Yo voy a...» o «Yo quiero...» no suelen pescar marido —profetizaba Mammy con pesimismo—. Las señoritas deben bajar la mirada y decir: «Señor, debería...» y «Lo que usted diga, señor».

Entre las dos le enseñaron todo cuanto tendría que saber una dama, pero ella solo aprendió los signos externos del refinamiento. Jamás aprendió, ni vio motivos para hacerlo, la elegancia interna de la que deberían surgir esos signos. Le bastaban las apariencias porque le daban popu-

laridad y ella no quería nada más. Gerald presumía de que era la reina de la belleza de cinco condados, y algo de razón tenía, porque había recibido propuestas de matrimonio de casi todos los jóvenes de la zona y algunos de lugares tan apartados como Atlanta y Savannah.

A los dieciséis años, gracias a Mammy y a Ellen, parecía dulce, encantadora e inconstante, pero en realidad era obstinada, vanidosa y terca. Había heredado las pasiones fácilmente estimulables de su padre y una mínima pátina del carácter generoso y paciente de su madre. Ellen nunca llegó a comprender que se trataba de una leve pátina, porque Scarlett siempre dejaba ver su mejor rostro ante ella y le ocultaba sus aventuras, contenía su temperamento y en presencia de Ellen se mostraba tan amable como podía, porque una sola mirada de reproche de su madre podía avergonzarla hasta el punto de hacerla llorar.

Pero Mammy no se hacía ilusiones con ella y estaba constantemente alerta por si se producían roturas en la pátina. Mammy tenía mejor ojo que Ellen, y Scarlett no recordaba, en toda su vida, haber conseguido engañarla durante mucho tiempo.

Esas dos cariñosas mentoras no deploraban el buen ánimo, la vivacidad y el encanto de Scarlett. Las mujeres del Sur se enorgullecían de esas cualidades. Lo que les preocupaba era la parte del carácter impetuoso y testarudo de Gerald que había en ella, y a veces temían no poder ocultar sus rasgos perjudiciales antes de que se hubiese casado bien. Pero Scarlett tenía intención de casarse —de casarse con Ashley—, y estaba dispuesta a parecer recatada, maleable y atolondrada, si esas eran las cualidades que les gustaban a los hombres. Aunque no sabía por qué eran así los hombres, solo que esos métodos obtenían resultados. Nunca le interesó demasiado reflexionar sobre el motivo, pues no tenía ni idea de cómo funcionaba la mente de ningún ser humano, ni siquiera la suya. Solo era consciente de que, si hacía o decía esto y lo otro, los hombres infaliblemente responderían así y así. Era como una fórmula matemática y no más difícil, porque las matemáticas era la única asignatura con la que Scarlett no había tenido problemas.

Si sabía poco sobre la mente masculina, menos sabía aún sobre la femenina, debido a que las mujeres casi no le interesaban. Nunca había tenido una amiga y nunca la echó de menos. Para ella, todas las mujeres, incluidas sus dos hermanas, eran enemigas naturales en la persecución de la misma presa: el hombre.

Todas las mujeres, salvo una única excepción, su madre.

Ellen O'Hara era distinta y Scarlett la consideraba sagrada y apartada del resto de la humanidad. Cuando Scarlett era una niña confundía a su madre con la Virgen María y, ahora que había crecido, no encontraba motivos para cambiar de opinión. Para ella, Ellen representaba la seguridad absoluta que solo el cielo o una madre pueden dar. Sabía que su madre era la personificación de la justicia, la verdad, la ternura, el cariño y una profunda sabiduría: era una gran dama.

Scarlett deseaba ser como su madre. La única dificultad era que siendo justa, sincera, tierna y generosa se perdería la mayor parte de las alegrías de la vida y, sin duda, muchos admiradores. Y la vida era demasiado corta para renunciar a esas cosas tan agradables. Algún día, cuando estuviese casada con Ashley y fuese mayor, algún día, cuando tuviese tiempo, sería como Ellen. Pero hasta entonces...